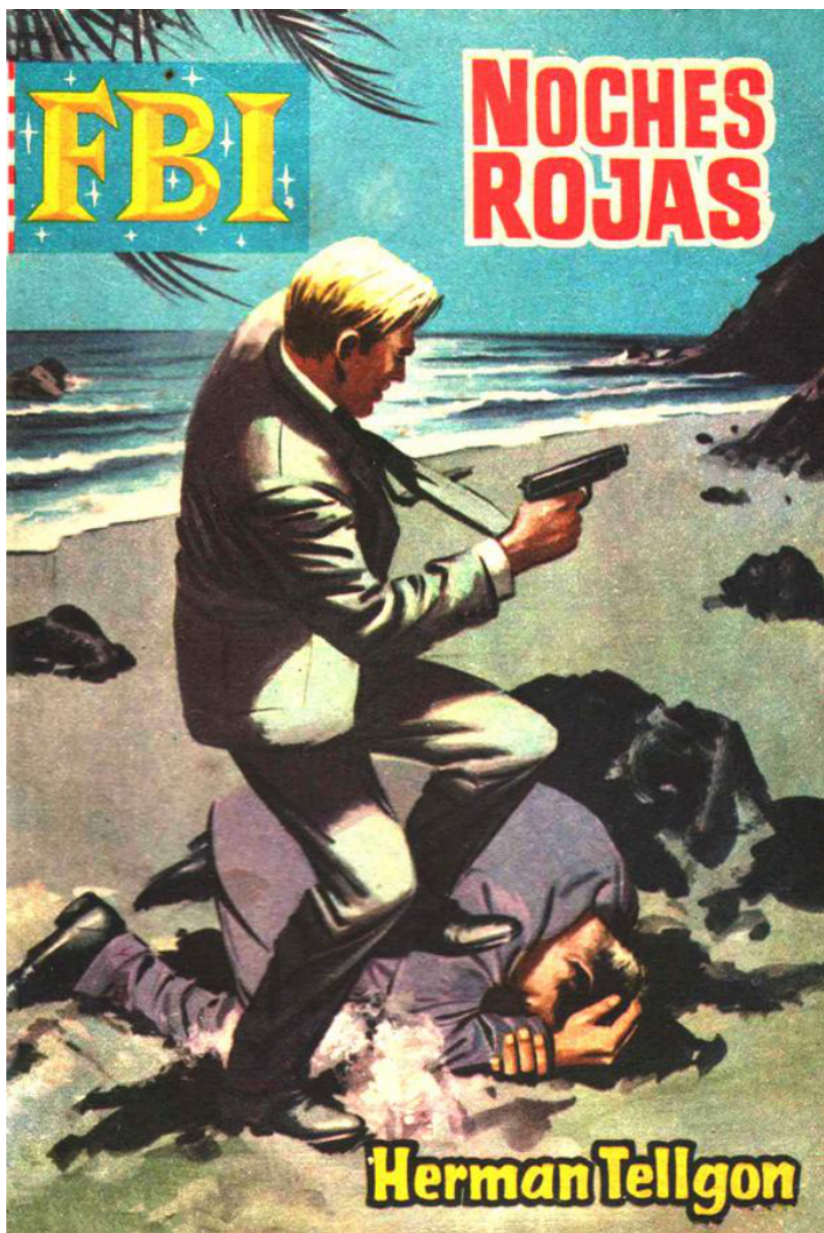




FBI

**NOCHES
ROJAS**

Herman Tellgon

HERMAN TELLGON

NOCHES ROJAS



Título del original, en inglés
RED NIGHTS

DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN, Madrid, 1961
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID
Teléf. 2 47 67 43

N.º Rgto. 2.923.—1961
DEPÓSITO LEGAL: M. 12.949.—1961

JOSE RUIZ ALONSO - Impresor - Quiliones, 2 - Tel. 224 86 51 - Madrid

I

EL más joven del grupo terrorista dijo:

—Estoy harto. ¡Hace un frío que pela! ¿Tardará mucho?

Eran cuatro. Muchachos, casi niños, ágiles, felinos, de ojos sagaces y nervios de acero.

El que iba al mando del grupo consultó su reloj de pulsera. La cadena de oro se apretaba alrededor de la muñeca casi femenina.

Anunció, con una vocecilla aguda, que a veces adquiría metálicas calidades:

—Quince minutos todavía. La chica no ha tenido tiempo. Cálmate.

Un frío viento barría las calles. Se hallaban guarecidos en medio de un grupo de robles centenarios, en el pequeño jardín situado a corta distancia del hotel Ville de France.

Las luces del hotel semejaban una gigantesca antorcha elevándose hacia el cielo atormentado por nubes furiosas.

En contraste con la oscuridad exterior aquellas luces eran un refugio amable, hacia el que las miradas de los terroristas se dirigían ansiosas.

Habló un tercero:

—¿Repartimos las armas?

A sus pies había una maleta. De cuando en cuando notaba el roce del cuero contra el pantalón. Y eran unas pequeñas descargas de embriagadora corriente, violencia y muerte.

El jefe asintió:

—De acuerdo.

Pistolas automáticas, metralletas, bombas de plástico, abundante munición...

Las manos se crispaban ansiosas, la sangre corría impetuosa por las venas. Dentro de poco...

Musitó el que había hablado primero:

—¡Caramba! Vaya cacao que se organizaría si los «paras» viniesen ahora...

Hubo un silencio de angustia. Luego otro de los terroristas aseveró:

—No vendrán. Todo está previsto. No vendrán.

De nuevo consultó su reloj el jefe. Habló:

—Cinco minutos. ¿Estáis dispuestos?

No hubo contestación. Pero los cuatro cuerpos parecieron adquirir la amenazadora consistencia de un bloque de cemento.

—... No puede haber fallos, ¿estamos?

Señaló con leve ademán a uno de los componentes del grupo, corta estatura, anchos hombros:

—Tú te acercas a ellos. Le dices al tipo: ¿Puede decirme la hora que es? En cuanto la chica salga pitando le metes al individuo una carga de plomo en la barriga...

Estableció una pausa. Agregó luego con entonación maligna, donde palpitaba una nota de sadismo:

—... No ahorres munición. Tenemos bastante. Y vendrá más del mismo sitio que ésta.

Se expresaba con la fría autoridad de un jefe nato. Estaba actuando como un militar.

Porque, para ellos, el crimen que se disponían a cometer era tan sólo una operación de guerra, uno más de los servicios que les eran encomendados.

Prosiguió:

—Vosotros dos al coche.

Su mano derecha señaló hacia el hotel. No lejos de la entrada, algo separado del resto de los vehículos aparcados, se perfilaba la silueta borrosa de una furgoneta de carga.

—... Ponedlo en marcha. Uno cubre la retirada. El otro al volante.

De nuevo se silenció. Les llegaron lejanos los rumores de la ciudad, los sones que un aparato de radio enviaba al espacio, el claxon de un coche y el chirrido de neumáticos a causa de un frenazo.

Se dejó oír la voz monocorde del criminal nuevamente:

—... Yo me ocuparé de la chica. Estaré preparado, además, para cualquier contingencia. ¿Está claro todo?

El viento húmedo agitó el ramaje de los árboles sobre sus cabezas, subrayando las órdenes de muerte.

Los cuatro pares de ojos se clavaron en la puerta giratoria del «Ville de France».

Un hombre y una mujer acababan de salir. Alto, fornido, con leve insinuación de gordura, en un cuerpo antes atlético, el hombre.

Ella era esbelta, de gráciles movimientos, larga melena, cabeza pequeña, que apenas llegaba al hombro de su compañero.

—¡Ahí están!

—¡Vamos!

Se movilizaron caminando sin ruido, fantasmas oscuros en la noche, mensajeros siniestros del Destino.

Jack Dorante era feliz. Todos sus sueños se iban cumpliendo. Buenas ropas, hoteles lujosos, «confort»...

Un mes antes pertenecía a la masa gris de los millones de seres agrupados en la inmensa urbe neoyorquina.

Ante él se abría, sin esperanza de mejora, una perspectiva de vulgaridad y tedio.

Cada mañana un viaje en el «Subway», aún somnoliento, átomo infinitesimal en medio de la multitud.

Luego la tienda, un agujero angosto, lleno de polvo, prendas interiores de mujer, caballero y niño, lucha contra los clientes...

Y todo ello sometido a la estricta vigilancia de un Argos de infinitos ojos: el dueño, un viejo judío de nariz ganchuda.

Y de pronto...

Cada vez que el recuerdo acudía a su memoria una sonrisa placentera distendía sus labios, logrando que las rudas facciones se suavizaran milagrosamente.

Había jugado a la lotería. Una combinación con el sistema de apuestas del fútbol inglés.

En realidad, Jack no había acabado de entender bien todavía lo ocurrido.

Únicamente el resultado.

¡Cuatrocientos mil dólares de premio! Un montón de dinero tan grande como la estatua de la Libertad.

Estuvo a punto de morir de la impresión, aunque desde luego no ocurrió así. Nadie se muere de alegría.

No tuvo dificultad en amoldarse a la nueva situación. Según su

apreciación personal, él era diferente al resto del rebaño.

Muchas veces había soñado con la posibilidad de un golpe de suerte como aquél.

Sabía perfectamente lo que había de hacer en tal caso.

Cada paso, cada movimiento lo tenía previsto de antemano.

En primer lugar viajaría. Europa, África, tal vez la India.

Un norteamericano inteligente, audaz, que iría por el mundo con los ojos bien abiertos, aprendiendo, asimilando proyectos e ideas...

Y cuando regresara a su país, dueño de mejores y nuevas perspectivas, se dedicaría a los negocios.

Convertiría su dinero en una palanca poderosa que le proyectaría hacia la cumbre...

—¿Marchamos ya nosotros, Jack?

La cantarína voz de Mirna Saadie atajó sus sueños volviéndolo a la realidad.

Desvió la mirada hacia la muchacha...

Sí. Punto por punto había cumplido la primera parte de su programa.

Sus pies habían hollado el polvo de muchos caminos y naciones desde que la suerte se enamorara de él.

Ahora, ya de vuelta, estaba en Argel, una ciudad maravillosa, de sorprendentes perspectivas y oportunidades... a pesar de los malos tiempos por los que estaba atravesando, de los crímenes y atentados que cada día dejaban su huella sangrienta y exterminadora.

Musitó:

—¿Por qué tienes tanta prisa, gatita? ¿Acaso no estás bien conmigo?

Le gustaba aquella mujer como jamás otra alguna. Todo en ella era formidable.

Su cuerpo suave, elástico, que en los momentos amorosos se convertía en un ascua ardiente de intensa voluptuosidad, su pelo negro, sus labios...

Hablaba un inglés imperfecto, que añadía nuevo atractivo a su personalidad extraña.

De repente se sorprendió a sí mismo, diciendo:

—¿No te gustaría venir conmigo a Estados Unidos, gatita? Haría que la vida fuese maravillosa para ti. Nos casaríamos, tendríamos hijos, un hogar...

A medida que iba hablando se daba cuenta de que aquello sería la realmente perfecta culminación de su viaje.

Las mujeres americanas... ¡Bah! Demasiada libertad e independencia, excesivas pretensiones.

Eran egoístas incapaces de crear una vida feliz para cualquier hombre.

Vio aparecer un relámpago de sorpresa en las negras pupilas que le contemplaban.

Luego, en los ojos insondables surgió un destello que Jack Dorante no fue capaz de interpretar. ¿Miedo quizá?

Dejó a un lado aquellas ideas melodramáticas. Él era un hombre práctico. Creía en el dólar, en la solidez de las instituciones democráticas, pequeños y familiares diosillos americanos...

Prosiguió vehemente:

—Escucha, gatita. Me gustas. No debes tener miedo de mí. Sabré hacerte feliz. Aquel país es grande, inmenso, lleno de oportunidades para todo el mundo. Y yo tengo dinero, ¿sabes? Mucho dinero. Haré que tú...

Mirna colocó una de sus manos sobre los labios de Jack, impidiéndole seguir.

Musitó:

—Calla. No debes hablar así. Tú no me conoces lo bastante. Loco. Estás loco.

Todos sus gestos eran exquisitos, dulcemente femeninos. Incitaban a Jack para mostrarse más exigente en su pretensión.

Se hallaban en la penumbra de un rincón apartado del bar del hotel «Ville de France».

Jack la atrajo con irresistible vigor hacia sí.

La besó. Los labios de Mima fueron adquiriendo calor poco a poco, abriéndose bajo la caricia, respondiendo a ella.

Murmuró al fin el hombre:

—... Piénsalo, gatita. Aún tenemos varios días. Mi barco zarpa el lunes...

Terminó rotundo:

—... Nada puede impedirlo. Nos casaremos. Vendrás conmigo, gatita. Vendrás conmigo.

La sensación de hallarse flotando sobre nubes le acompañaba mientras seguía a Mima hacia la salida.

Una maravillosa perspectiva se agitaba en su mente mientras contemplaba aquel cuerpo de proporciones estatuarias, ondulante, que pronto sería suyo para siempre.

Dio una propina exagerada al botones que le entregaba su gabardina de claro color.

La noche era fría. Los plátanos y las palmeras que jalonaban ambas aceras de la avenida Joffre se estremecían bajo el impulso del viento, dejando oír sus voces de órgano, como si entonasen una canción de amor, que únicamente, Dorante podía comprender. Le llegó, lejano, el eco de una explosión y en seguida el tableteo ominoso de un arma automática.

Buscó con la mirada su coche, un «Pakard», último modelo, alquilado junto con un pintoresco y barbudo conductor árabe por el tiempo que permaneciese en la ciudad.

De repente, como si el aire se hubiese materializado, un individuo, corta estatura, ojos brillantes, con luces de fiebre en ellos, surgió ante él.

Aquel hombre inquirió:

—¿Podría usted decirme la hora que es?

Se expresaba en un inglés correcto. Su voz era ronca, presurosa, como si hablase tras efectuar una carrera.

Todo ocurrió como un relámpago. Mirna salió corriendo. De su garganta, mientras se alejaba velozmente, escapaban sonidos inarticulados, sollozos, gritos.

Jack hizo ademán de seguirla. Mas su determinación sufría brusco frenazo.

En la mano del hombre había surgido, como en, un juego de prestidigitación, una pistola, una chata y amenazadora presencia que le miraba con un ojo siniestro, negro como la muerte.

Por un instante, Jack Dorante quedó paralizado por el mismo. Como proyectado en cámara lenta, vio el movimiento del arma al elevarse hacia su estómago, el golpe último, seco, para enfilear bien la puntería, la acomodación de la culata a la mano...

Un dedo índice muy corto se contrajo sobre el gatillo de la pistola.

Como fuegos fatuos los fogonazos de los disparos saltaron hacia Dorante. Golpes brutales, indoloros, aún, se abatieron sobre su cuerpo.

Luego... una oleada de lava ardiente, ascendió el dolor hacia su corazón.

Fue proyectado hacia atrás con terrible violencia. Chocó contra la puerta giratoria de entrada al «Ville de France».

Poco a poco, las manos sobre el vientre, en inútil intento para detener la sangre, que manaba a través de sus dedos, se inclinó hacia el suelo.

Oyó gritos, hombres que corrían, ruido de neumáticos al arrancar coches a toda velocidad.

Sus ojos, enturbiados por las sombras de la muerte, vieron a lo lejos a Mima. Corría, seguía huyendo...

Un último pensamiento se enredó en su cerebro. ¡Tenía que salvarla de un final igual al suyo! ¡Tenía que salvarla!

Tras ella se deslizaba una sombra, una figura de pesadilla, que pronto le daría alcance...

II

LEO Barnard admiró con gesto de buen conocedor las pantorrillas de la rubia que se interponía entre él y la entrada al «Fores's», donde se había citado con Ben Haminorth.

A decir verdad, las mujeres constituían el cincuenta por ciento de su actividad general. Rubias, morenas, pelirrojas... Todas lograban arrancar su admiración.

Solía decir:

«No soporto a las mujeres feas ni a los hombres tontos».

Silbó encomiástico. Realmente aquella rubia merecía la pena contemplarla. Leo se dijo que seguramente era bailarina de *ballet*. Y en caso de no serlo, lo merecía por la armonía de sus movimientos y el cimbreado caminar.

La rubia le miró al pasar. Sus ojos se clavaron en los del hombre durante algunos segundos. Le lanzó un mensaje que Leo entendió perfectamente. Era una clara invitación a seguirla.

No obstante la dejó ir. Porque el otro cincuenta por ciento de las actividades de Leo Barnard, mucho más absorbentes e importantes, era su labor como agente federal. O, más exactamente; cazador de hombres.

Leo era alto, de poderosa armazón y ágiles movimientos, cabellera rubia, siempre alborotada.

Era de esos hombres a lo que las mujeres miran dos veces al menos y se muestran dispuestas a «colaborar».

Su cerebro poseía la agudeza de un estilete. Amigo de los amigos e implacable en la consecución de sus objetivos.

Le acogió amable la discreta penumbra del Fores's.

Monty, el deportivo camarero que siempre le atendió, acudió solícito.

Comunicó:

—Un caballero le está esperando, señor Barnard. Está allí, junto al ventanal.

Había escasos clientes en el establecimiento a tales horas del día. Precisamente por ello lo había elegido Leo para la entrevista con Haminorth.

Mientras avanzaba hacia la mesa designada por Monty observó a su hombre.

Facciones energicas, como talladas en dura roca. La amplia frente se contraía en un pliegue profundo en forma de uve invertida.

Al ponerse en pie para corresponder al saludo de Leo quedó de manifiesto que ambos poseían semejante contextura física, y casi igual estatura.

El apretón de manos que correspondió al del recién llegado fue enérgico, breve.

Informó:

—Soy Benjamín Haminorth, Ben para los amigos. ¿Qué tal, Barnard?

Leo conocía parte de la historia de su interlocutor. La había oído poco antes, resumida, de labios del inspector jefe Maxwell.

—Leo —informó el inspector—. Vas a trabajar con Ben Haminorth. Es uno de los hombres más eficaces del F. B. I.

Fíate de él en cuanto sea necesario. La misión que os encomiendo es peligrosa. Un país extraño, barrido por pasiones violentas, donde la vida de un hombre carece de valor en absoluto. La colaboración es más necesaria que nunca en este caso. El éxito de la empresa y vuestra vida misma son comunes. No podéis fracasar. Una equivocación supone la muerte.

Se extendió Maxwell a continuación en una pequeña biografía acerca de Haminorth.

Sus palabras hicieron concebir a Leo un profundo respeto por la capacidad del hombre con quién había de colaborar.

Al tiempo que se sentaban, Leo dijo:

—Me alegro de conocerte, Ben. ¿Qué tal el viaje?

Porque Haminorth había llegado el día antes de Chicago. Estaba afecto a la división de la Federal Bureau of Investigation en aquella

ciudad.

Tommy, el camarero, revoloteó en su torno esperando. A una seña de Leo se acercó.

—Tráeme un «*whisky*», Monty. Y repite la dosis de mi amigo. Luego esfúmate hasta que vuelva a llamarte, ¿estamos?

Haminorth valoraba a su compañero entre tanto. Su mente era una máquina precisa, metódica, a la que se unía un valor rayano en la temeridad.

Conocía el nombre de Barnard al igual que el resto de los hombres de las fuerzas federales.

Todos se mostraban de acuerdo en afirmar que de los pocos aventureros, dotados de inteligencia al mismo tiempo, de quienes se hubiese hablado alguna vez, Leo Barnard se llevaba el campeonato.

Permanecieron en silencio hasta que Monty hubo cumplido el encargo.

Fue Barnard quien rompió la pausa. Dijo:

—Un asunto endiablado, ¿eh, Ben?

Se encogió de hombros Ben. Murmuró:

—La verdad es que no sé mucho de él, Leo. Yo...

Sonrió. Su rostro adquirió de repente una suavidad asombrosa.

Continuó diciendo:

—... Maxwell se limitó a una filípica semi paternal. Creo que ésa es su costumbre generalmente. Me habló de ti. Recordó los principios que rigen y conforman la medula del

F. B. I.

Habló de Fidelidad, Integridad, Lealtad, Bravura... pero del asunto en sí dijo tanto como una ostra. Se limitó a explicarme que tú me darías más amplia información. Agregó, además, que deberíamos ponernos de acuerdo acerca de la forma de llevar a cabo el trabajo. Todo menos lo que a mí me interesaba.

Sonrió Barnard.

El inspector jefe Maxwell tenía por costumbre pronunciar una pequeña arenga, semejante a la que el propio Barnard recibiera el día antes.

Tal cosa constituía motivo de bromas entre los agentes federales, aunque cada uno de ellos se hubiese dejado hacer pedazos en el caso de solicitarlo así Maxwell.

Haminorth continuó en tono especulativo:

—La verdad es que no acabo de entrar en el caso.

Inquirió Barnard:

—¿Te dejo Maxwell, al menos, el motivo de haberte llamado, Ben?

Ben inclinó la cabeza en gesto dubitativo. Respondió:

—Pues... no lo sé realmente. Se refirió a la muerte de un hombre, un tal Jack Dorante. Habló de eso y también de otros asuntos. No conozco el lugar en donde murió ese individuo ni el momento ni las circunstancias. No logro adivinar tampoco, si es que se trata de ese Jack Dorante, el motivo que hace tan importante su muerte. Y no hay duda de que Maxwell concede importancia a este trabajo. De no ser así, nunca me habría sacado del asunto que llevaba entre manos, ¿comprendes?

Siguió una breve pausa. Estaban sentados juntos al ventanal que daba a la Séptima Avenida.

Una morena de formas rotundas pasó ante el cristal lanzando una mirada curiosa hacia el interior.

Leo guiñó un ojo obteniendo a cambio una sonrisa y una mueca graciosa.

Comentó:

—Ben. Me gusta este sitio más que ningún otro de Nueva York. Es el mejor observatorio de la ciudad. A estas horas, sobre todo, hay un desfile de señoras estupendas impresionante. Alguien me dijo una vez que Nueva York era demasiado grande para conseguir una panorámica así, pero se engaña. ¿Qué te parece?

No esperó la contestación. En realidad, su cerebro no cesaba de dar vueltas el problema que tenían entre manos.

Prosiguió sin pausa:

—Bueno: Jack Dorante fue asesinado hace siete días en Ángel. Todo lo que se sabe es que unos desconocidos esperaban a la puerta del hotel donde se alojaba, el Ville de France, y se lo cargaron. Recibió cinco balazos en el vientre. Murió casi instantáneamente. Le acompañaba una muchacha, una tal Mirna Saadie. Parece que ella logró escapar... de momento. Varias horas más tarde los criminales lograron localizar la casa donde vivía y le sellaron también los labios para siempre.

Estableció una pausa. Bebió un trago de «*whisky*». Sus ojos continuaban fijos en la calle.

Ahora observaba a una rubia otoñal que se había parado frente al escaparate de la tienda de modas situado en la acera opuesta.

Ben permanecía en silencio, jugueteando con su vaso, semi lleno de líquido, del que bebía de cuando en cuando.

Continuó Barnard:

—Según parece, el crimen, su ejecución material, había sido perfectamente estudiado. Lleva la marca de los «trabajos» bien hechos. He visto las declaraciones del único testigo presencial, el portero nocturno del «Ville de France». Dice que uno de los criminales corrió tras la muchacha; ambos se perdieron de vista al meterse por una callejuela transversal. El que había disparado contra Dorante subió a una furgoneta que permanecía no lejos del lugar del crimen con el motor en marcha. La furgoneta se perdió a su vez siguiendo el mismo camino que la chica y su perseguidor.

Relataba los hechos con acento carente de inflexiones. Ben revivía la escena del crimen en su mente.

Durante breves segundos sintió la angustia de aquella mujer que corrió en la noche, llevando tras ella a Ja muerte.

—... Desaparecieron sin dejar rastro. Y lo mismo sucedió cuando mataron a la muchacha más tarde. Alguien la llamó por teléfono, o al menos eso dicen en la información recibida. El caso es que salió de su casa y nadie volvió a verla hasta horas más tarde en que apareció muerta.

Ben asintió al tiempo que hablaba:

—Perfecto, Leo. Eso en cuanto a los hechos en sí. Pero me gustaría que me explicases el conjunto de la situación. Desde luego, empiezo a vislumbrar algo, pero sería mejor que obtuviese una panorámica más completa.

Bebió Barnard un trago de «*whisky*» que restaba en su vaso. Extrajo luego un paquete de cigarrillos.

Fumaron ambos. De nuevo tomó el hilo de la conversación Leo:

—¡Demonios! La situación no puede ser más explosiva, Ben. Imagínate el lugar de la acción...

Abrió un silencio efectista continuando en seguida:

—... Argelia. Un vasto y abigarrado mundo, sometido a tremendas convulsiones, cercado por la ambición, el odio, la violencia... Hombres de todas las razas y países luchan allí sirviendo múltiples intereses. Argelinos puros, árabes, europeos,

africanistas, fanáticos de un lado y otro. Y, sobre todo ello, Francia, acorralada, acosada desde todas las direcciones, tan peligrosa como un viejo león que, en su último refugio, es capaz de matar de un zarpazo...

Al cabo de unos instantes de silencio, Ben Haminorth murmuró blandamente:

—... Desde luego ése es un bonito escenario, Leo, tan confortable como el infierno en pleno mes de agosto. Empiezo a comprender un montón de cosas, especialmente la reserva del viejo Maxwell.

Disparó una pregunta súbitamente:

—Tú eres de origen francés, ¿no es así?

Contestó el otro:

—Seguro, Ben. Y tú naciste en Túnez, ¿verdad?

Volvió a hablar Barnard:

—Ése es el «quid» de la cuestión, Ben. Mi francés es perfecto y comprendo algo el árabe. Tú hablas el árabe como un nativo y, concretamente, la forma dialectal que es común a la región donde vamos a actuar. Por otra parte, entiendes también el francés... He ahí la razón de haber sido elegidos para llevar a cabo este trabajo, ¿estamos?

La rubia del escaparate se disponía ahora a cruzar la calle. Un pensamiento ajeno a la conversación que sostenían fulguró en el cerebro de Leo Barnard.

Se preguntaba por qué algunas mujeres levantan oleadas de pasión en los hombres y otras en cambio, más guapas y mejor construidas, los dejan indiferentes.

Aquella rubia...

La voz de Haminorth cortó sus filosófico-sexuales pensamientos en seco, trayéndole a la realidad:

—Bueno. ¿Cuál es el plan? ¿Cómo se supone que debemos actuar y hasta qué punto?

La mirada de sorpresa con que le contemplaba Leo le obligó a explicar:

—... Me refiero a la profundidad de la investigación, si es que se le puede llamar así. A veces no conviene remover determinados avisperos o debe hacerse procurando que no se observen los movimientos de los insectos al ser acosados. ¿Cuál es la posición en

este caso?

Aclaró Barnard:

—Bien. Ésa es una pregunta sin respuesta, Ben. Te diré, sin embargo, lo que no podemos hacer ni esperar en ningún caso. A partir de este momento debemos considerarnos desligados a todos los efectos de nuestra condición de ciudadanos de los Estados Unidos y, desde luego en lo que se refiere a la Federal Bureau of Investigation. No se le puede pedir al gobierno francés cooperación porque, entre otras razones, sería contraproducente. No hay tampoco autoridad propiamente argelina a la que dirigirse. Tenemos que actuar por nuestra propia cuenta, expuestos a las iras de los dos bandos en lucha. En definitiva, vamos a colarnos en una madriguera de fieras, donde cada animalejo pertenece a una tribu distinta y se hallan luchando entre sí a muerte.

Encendió un nuevo cigarrillo. Dio un par de chupadas nerviosas y lo aplastó acto seguido sobre el platillo que había frente a él.

La perspectiva que sus propias palabras habían abierto llenaba de gozo su corazón.

Leo Barnard era un luchador nato. Nada más deseable en su concepto que el meterse de cabeza en medio de los conflictos y sentirse parte activa en ellos.

Finalizó:

—Únicamente tenemos una cosa a nuestro favor, Ben. Una sola cosa...

—¿A qué te refieres?

—No hay límite en el «juego». Estamos al otro lado de la barrera de la ley, ¿comprendes? Nosotros solos en contra de otros hombres. ¿Hay algo mejor? Cazaremos a los tipos que mataron a Jack Dorante, de eso no hay la menor duda... y ¡lo pasaremos en grande!

Cesó de hablar. Su pelo rubio parecía lanzar reflejos dorados que demostraban la excitación de que estaba preso.

Ben permaneció silencioso, concentrado en las sugerencias que las palabras de Barnard originaban en su mente.

Veía claro lo que la Federal Bureau of Investigación esperaba de ellos.

Era elemental suponerlo. La misma elección de los hombres designados para actuar lo sugería.

Dijo al fin:

—Háblame ahora de ese Dorante. ¿Qué clase de tipo era? ¿Pudo estar mezclado en negocios turbios o en actividades subversivas que le llevaran a la muerte? En tal caso, investigar siguiendo sus huellas sería el camino más práctico para arribar a la solución, ¿no te parece?

Barnard movió la cabeza denegando. Explicó:

—No hay nada que hacer por ese lado, Ben. Jack Dorante jamás había salido con anterioridad de los Estados Unidos. Te haré una breve biografía de él y de sus actividades.

Se retrepó sobre el respaldo del asiento. Sugería a un león satisfecho que se dispone a echar una siesta reparadora después de una buena comida.

Su mirada observadora captó la entrada de una mujer en el local. Siguió durante unos segundos su paso. Ben sonrió al darse cuenta del motivo de su silencio.

Había escasos clientes en el
Forest's

y bastante alejados de donde se hallaban conversando.

No tardó en hablar de nuevo el agente de
F. B. I.

Trazó un retrato fiel del hombre cuya muerte iban a investigar.

Ben le oía interesado. Finalizó:

—... Como ves, Jack Dorante era el típico americano medio con dinero. No importa que lo obtuviese de golpe. Todos los americanos de ese pelaje están siempre dispuestos a sentirse millonarios. Es algo que consideran tan normal como afeitarse cada mañana.

Se echó hacia adelante. Con el dedo índice fue punteando sus palabras sobre la pulida superficie de la mesa:

—Se ha investigado cuidadosamente. La vida de Dorante, después del trabajo llevado a cabo, es más conocida que la de Napoleón. No hay nada raro en ella. «Agarró» un premio en una de esas combinaciones de lotería internacionales. Luego decidió viajar. Todo sencillo, diáfano. Nada sacaríamos por ese lado, Ben.

—De acuerdo. Pero el hecho mismo de esa personalidad simple puede servirnos de guía. ¿Qué te sugiere la muerte violenta de un tipo tan vulgar?

—Lo he pensado muy bien. A mi juicio debemos partir del entendimiento de que se trata de un asunto puramente argelino,

determinado por las condiciones de guerra sin cuartel que allí predominan.

Acentuó el tono incisivo de sus palabras:

—Fíjate en una cosa. Para cualquiera de las dos facciones que debaten el conflicto un incidente de tipo internacional, la intervención de los Estados Unidos podría ser decisiva. En un sentido o en otro. Los «ultras» tal vez deseen demostrar que sus adversarios son unos criminales simplemente. Y los del

F. L. N.,

es posible que busquen la internacionalización como medio de ganar la última batalla. Es un asunto embrollado el que tenemos por delante, Ben, muy embrollado.

—Seguro. ¿Cuándo partimos?

Pensó Leo que el carácter de Ben le gustaba. Era un tipo decidido, de esos hombres que no ponen pegas.

Decidió:

—Cuanto antes. Las pistas están ya frías. Pero es mejor que las sigamos antes de que se hielen por completo.

III

LA entrada era angosta, oscura, de pinos escalones. Una serie de murales modernistas contribuían a prestarle ambiente.

Leo Bernard tanteó su camino antes de seguir adelante. Le llegaba el rumor apagado de conversaciones, música en sordina, tintinear de vasos y cristalería.

Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la semioscuridad. Una blanda alfombra, de color marrón, cubría el suelo casi en su totalidad.

Empujó la puerta de madera de roble, sobre la que gruesas cabezas de clavos dorados simulaban letras árabes.

La atmósfera era cálida, agobiante. Humo de los cigarrillos, emanaciones de licor barato, perfumes de olor intenso, humanidad...

Había una serie de altavoces de escasas potencia diseminados a lo largo del local. La voz gangosa de Janine, la cantante de moda, se arrastraba desgranando una letra tan idiota como la mayoría de ellas.

Sonrió el agente federal. Aquel tugurio era el cuartel general de los hombres del Frente de Liberación Argelino, o, al menos, así estaba considerado por la Policía que efectuaba razias con frecuencia en él.

Sin embargo, todo allí poseía influencia francesa. Incluso los hombres y las mujeres, sus posturas, la afectada vivacidad de sus frases, los abigarrados atuendos podían ser los de cualquier local de Montparnasse.

Se acercó al mostrador. Dos o tres banquetas estaban ocupadas. Se encaramó a una libre.

Una morena de cuerpo cimbreante, busto perfecto, que se modelaba bajo un jersey muy ajustado, atendía a los bebedores.

Se encaminó en su dirección. Les admiró el balanceo de sus

caderas. Sus ojos eran negros, profundos, ardiendo en ellos infinita sabiduría... para valorar a los hombres.

Inquirió:

—¿Qué vas a tomar, guapo?

Leo se echó hacia adelante acariciando las redondeces de la mujer con la mirada.

Dijo:

—Si esto fuese la guerra te tomaría a ti por asalto, bombón. ¿Te han dicho alguna vez que estás estupenda?

Una risita sensual escapó de la garganta femenina. Murmuró con simpatía.

—No estoy muy segura de lo que haría en tal caso, guapo. ¿Por qué no pruebas a hacerlo? ¿Crees que ofrecería resistencia?

—Oye, nena. ¿Merece la pena tomar una posición sin algo de lucha? Las victorias son más dulces cuando cuestan algo, ¿estamos?

Volvió a reír la mujer. La blanca piel que dejaba adivinar el amplio escote se estremeció.

Leo se apoderó de una de las manos de la camarera. La acarició con suavidad.

Pidió:

—Escucha, guapa. Dime las horas de salida que tienes y tomaremos una copa juntos. Estoy muy solo en este maldito agujero de Argel, donde una partida de monos más o menos negros quieren sacar los pies del plato. Yo...

Una voz bronca, malhumorada, interrumpió de pronto al agente del

F. B. I.

Gruñó:

—Bueno; ya está bien, ¿no? ¿Crees que no hay más clientes que este chulo barato, Perla?

Desvió la mirada Leo en dirección al que había hablado. Conservaba el dominio de sus nervios absolutamente. Sabía que las palabras pronunciadas por él poco antes, indicando desprecio hacia los hombres del

F. L. N.,

provocarían una revolución violenta por demás.

Incluso el gesto de la camarera cambió de pronto, reflejando su rostro odio intenso.

Su adversario era un argelino sin duda alguna, un hombre de raza árabe, mole de carne y hueso, enfundado en un atuendo mitad occidental, mitad personaje de las mil y una noches.

Sobre la cabeza llevaba una especie de fez encarnado. Cubría su cuerpo un blusón de flotantes pliegues. Los pantalones eran de tubo, muy estrechos.

Un súbito silencio se había hecho en el «Sapo Blanco». Todas las caras, mostrando asombro, ira, aversión se volvían hacia él.

Su voz resonó con acento helado, mientras que llevaba a cabo una observación completa, de la concurrencia y sus posibilidades de escape.

—¿Qué te ocurre, cerdo? ¿Acaso los piojos indecentes morunos tienen ahora permiso para hablar?

Actuó al tiempo que estaba hablando. Colocó su mano derecha sobre el rostro del hombre y empujó con terrible fuerza.

Calculó el movimiento de forma que se produjese la mayor confusión posible.

El efecto fue semejante al que se habría producido en un juego de bolos inverosímil, en donde se utilizan seres humanos para derribarlos.

El hombre salió despedido hacia atrás igual que un muñeco de guiñol arrastrado por los hilos que lo manejan.

Chocó contra la banqueta que había situada más próxima a sus espaldas.

Estaba ocupada por un taciturno individuo, traje oscuro, mirada suspicaz, que atendía interesado al desarrollo de los acontecimientos.

Los dos hombres, junto con las banquetas rodaron por el suelo con gran confusión, estruendo de vasos y utensilios que se rompían.

Barnard captó a su derecha, en el rincón oscuro que formaba la plataforma dedicada a la orquesta para ocasionales actuaciones, un movimiento furtivo de alguien que intentaba deslizarse a sus espaldas.

En su mano había ahora una pistola. Exultó:

—¡Quieto, gusano! ¡Si mueves un dedo te abraso!

Siempre había sido motivo de asombro para él la falta de inteligencia de algunos hombres ante los hechos de la vida.

Aqué!, concretamente, continuó su avance. Barnard, de manera

furtiva, se preguntó qué esperaba que ocurriese.

Disparó cuando el insensato se disponía a saltar sobre él. Lo cazó en el aire.

Un alarido fue la respuesta al disparo. Se desplomó, quedando inmóvil entre Leo y el resto de los concurrentes.

Alguien disparó. Un trozo de plomo zumbó por encima de la cabeza de Barnard.

Estaba claro que se imponía la retirada. Se produjeron nuevos disparos. No fue alcanzado, pero a sus espaldas una voz de mujer se elevó chillando histéricamente.

Al tiempo que corría levantó una de las pequeñas mesitas destinadas a los bebedores.

Sin detenerse ni volver la cabeza la proyectó hacia atrás. Llegó a la salida. Con el rabillo del ojo vio que el improvisado proyectil había chocado contra un grupo compacto de individuos que iniciaba la cacería.

Cruzó el umbral como un toro furioso. Divisó un jarrón de grandes proporciones que servía de adorno en la iniciación de la escalera.

Lo derribó y prosiguió huyendo sin detenerse. Le llegaron voces iracundas que maldecían con furia en medio del ruido y el estruendo que producía el jarrón al romperse.

No tardó en alcanzar la calle. La brisa fresca de la madrugada acarició su rostro.

Recorrió la estrecha callejuela, flanqueada por casas de una sola planta, construcciones de madera retorciéndose en ángulos inverosímiles, terrazas bajas convertidas por los habitantes de la Kasba en pequeños jardines que les protegiesen del terrible calor de los días soleados.

Leo Barnard había estudiado el terreno antes de adentrarse en aquel sector. Conocía las vías de escape posibles... a menos que se produjese un accidente irreparable.

En dos saltos alcanzó el arco decorado con motivos árabes que marcaba la salida de la Kasba.

Porque el «Sapo Blanco» se hallaba situado, justamente, en el límite de separación de la parte europea de Argel y la árabe.

Hizo alto. Miró hacia sus espaldas. Gritos furiosos de aviso, maldiciones, rugidos resonaban tras él.

La pequeña lámpara colocada sobre el dintel de la entrada al «Sapo Blanco» le permitió ver que sus perseguidores empezaban a salir del local.

Disparó varias veces en rápida sucesión. Rió en alta voz. Le gustaba la lucha.

Barnard en momentos así creía adivinar un objetivo casi místico a los actos donde la fuerza, aunada a la inteligencia, permitía desarrollar todas sus potencias al hombre.

La sangre corría entonces impetuosa por sus venas incitándole a despreciar el peligro.

Los «cazadores» se replegaron hacia el interior del «Sapo Blanco», como ratas sorprendidas por el haz de luz de una potente lámpara.

Volvió a reír. Y corrió, sabiendo ahora que ya no lograrían apresarle, que él estaba mejor preparado que aquellos hombres para luchar.

Pronto alcanzó la avenida Yamaa.

Atrás quedaban las misteriosas, estrechas y retorcidas callejuelas, semejantes a resacas pieles de serpiente, donde desde hacía varios días resonaban incesantes los «yuyuí» de las mujeres incitando a los hombres a la lucha.

Atrás quedaban también los rincones oscuros, propicios para el amor y la muerte, que al salir el sol se inundaba de claridad y servían de escenario a un mundo distinto, tan viejo como el tiempo.

Allí una humanidad rugiente empezaba a despertar de un sueño de siglos. Y el ruido de sus cadenas al romperse aterraba a los pueblos evolucionados.

Guardó la pistola. La avenida Yamaa aparecía iluminada profusamente, aunque desierta en su totalidad.

Argel era una ciudad muerta a tales horas. Nadie, a menos que perteneciese a uno de los bandos en lucha, se atrevía a salir después de la puesta del sol.

Incluso las patrullas de vigilancia de los «paras» esquivaban lo más posible deambular de noche.

Cada árbol, cada rincón oscuro, podía ocultar a un terrorista en su cacería nocturna.

Los pasos de Leo Barnard resonaban sobre el asfalto con acelerado ritmo.

Eran como disparos, como el tableteo de una ametralladora, que se perdía a lo lejos ante él, llevando su eco hacia el mar por el frío vientecillo nocturno.

IV

MIENTRAS caminaba le parecía sentir a su alrededor presencias invisibles que le rodeaban siguiéndole.

No obstante, su corazón mantenía el normal latir, poderosa máquina al servicio de un propósito definido.

Jugarse la vida a una carta era lo que estaba haciendo Barnard. Más a veces, si se quiere conseguir un objetivo ambicioso, es necesario exponerse.

La misión que le había sido encomendada era sumamente complicada. Y la razón de su complejidad residía en el hecho que nada existía para apoyar la investigación.

Jack Dorante había sido muerto. Mas ¿por quién y por qué? El único testigo, Mirna Saadie recibió igual destino... posiblemente a causa de su vinculación con el asesinato.

Eso era cuanto sabía el

F. B. I.;

que un hombre estaba muerto. Pero no tenía la menor idea de la identidad de sus asesinos.

Únicamente cabía suponer motivos... tan numerosos como las estrellas en el firmamento.

Desde la simple cuestión personal hasta las complicaciones internacionales; desde el ladronzuelo a la busca de unos dólares, hasta ser el peón en un juego de alta diplomacia.

Al llegar junto al monumento a los héroes de la guerra, Barnard aminoró el paso.

Iba más alerta que nunca. Pensamientos encontrados se agitaban en su cerebro.

Conocía el hecho de que un descuido por su parte significaría no sólo la muerte, sino el fracaso de su misión.

La incursión que aquella noche había llevado a cabo en el «Sapo Blanco» era el resultado de un proceso mental preciso, que había de

conducirle hasta los asesinos de Jack Dorante.

Ninguna consideración de orden sentimental podía desviarle del camino emprendido.

En consecuencia, Leo Barnard y Ben Haminorth habían adoptado la resolución más lógica al alcance de sus posibilidades.

Tenían que establecer «cabezas de puente» entre los hombres de acción, que luchaban como perros rabiosos en Argelia.

Así, Ben Haminorth se proyectó hacia los campamentos del F. L. N.

Leo Barnard trataba de introducirse en las filas de los terroristas «ultras».

Todo había sido previsto. Sus respectivas personalidades fueron adaptadas a documentaciones falsas... en cierto modo.

El

F. B. I.,

hacia las cosas bien. Los nombres bajo los que trabajarían Barnard y Haminorth en Argelia eran auténticos.

Sólo que los hombres que los llevaban antes estaban muertos y carecían de familiares o amigos que pudieran descubrir el engaño.

Costó mucho trabajo hallar las necesarias coincidencias, más los tentáculos de las fuerzas federales de Washington llegaban hasta los más remotos e insospechados rincones de la tierra.

Sobre esta base se movía ahora Leo Barnard. Claro que semejante papel le obligaba a correr riesgos enormes, pero el peligro constituía la mejor actividad para el agente federal.

Realmente, Leo poseía un temperamento de jugador. Jamás perdía los nervios... al menos en apariencia cuando se enfrentaba a la muerte. Nadie podía darse cuenta de que su corazón en tales momentos galopaba desenfrenado, produciéndole la sensación de moverse en un plano distinto al del resto de los hombres.

Su llegada a Argel —que ya conocía de otras ocasiones anteriores— le produjo una sensación de fracaso.

Parecía imposible actuar allí, en medio de la guerra abierta que se desarrollaba, cuando montones de cadáveres eran enterrados cada día sin conceder importancia a tal hecho.

La confusión imperaba por todas partes. Nadie parecía dispuesto a facilitar información o ayuda.

Ni siquiera el todopoderoso dólar, mágica llave, abridora de

puertas en cualquier Jugar del mundo, facilitaba nada. Las gentes argelinas sabían que nadie puede disfrutar de dinero bajo algunos palmos de tierra.

Se dedicó a recoger los bulos, los rumores, a «tomar el pulso a la ciudad».

Poco a poco se fue enterando de cómo estaba la situación. Era como haber caído en un hormiguero sometido a un fuego devastador.

Americanos, ingleses, argelinos de las varias tendencias existentes, hombres de todos los países del globo se reunían allí.

Eran aventureros, tipos rudos, avanzada del mundo que siempre aparece en los lugares sometidos a tensión.

Cualquiera de ellos capaz de matar por unos centavos, dispuestos a servir a un amo u otro... siempre que la paga estuviese en consonancia con sus apetencias.

Lagaillarde, Ortiz, etc... eran los actores del drama. Pero entre bastidores, de acuerdo con la más pura ortodoxia teatral, se movía otro ejército invisible, tramoyistas, carpinteros... y un director de escena.

Justamente aquel hombre, el que movía los hilos en la sombra, era a quien Barnard trataba de localizar.

Leo Barnard se imaginaba a su adversario como a un hombre frío, despiadado, un individuo dispuesto a inmolarse miles de vidas en pro de la consecución de sus ambiciones.

Lo veía como un Moloch sangriento, elevándose sobre un trono asentado sobre montones de cadáveres.

Le llegó el sonido de una sirena a lo lejos. Pensó que tal vez los «paras» se disponían a realizar una incursión en el «Sapo Blanco» enterados del disturbio promovido por él.

O quizá se trataba simplemente de una ambulancia destinada a trasladar a un enfermo. Lo cierto era que los espíritus desasosegados presentían siempre en Argel violencia y muerte.

La alta silueta del hotel Comodore, donde estaba alojado, se perfiló al final de la solitaria avenida.

Ni un taxi había logrado ver en todo el trayecto. A tales horas Argel se convertía en una ciudad desierta en apariencia, pero con seres vivos que alentaban temerosos tras las cerradas puertas de sus casas.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría en producirse un contacto entre él y cualquiera de los grupos terroristas «ultras» que actuaban en la ciudad.

Tal cosa tenía necesariamente que suceder. El incidente provocado poco antes era seguro que ya habría llegado a oídos de las personas con quienes él intentaba relacionarse.

Sabía que centenares de ojos suspicaces iban anotando a diario los sucesos en Argel.

Cada hombre estaba marcado. Y la marca, neutral, «ultra» o neo argelino determinaría sus posibilidades.

Tal vez en aquel momento, en algún rincón de la ciudad, habría llegado la noticia de que un hombre, un solitario, libraba una batalla contra el

F. L. N.

Así que...

Súbitamente una sombra humana se perfiló ante él. La pistola saltó a su mano como una exhalación.

Se inmovilizó enfilando el arma hacia el desconocido. Con instantánea percepción del peligro se dio cuenta de que eran cuatro hombres quienes le rodeaban.

Uno de ellos, el que se mantenía ante él, murmuró con voz chillona:

—Está bien, no se preocupe. No pensamos hacerle daño... todavía.

Recogió la leve insinuación amenazadora implícita en las palabras.

Inquirió:

—¡Demonios! ¿Qué pretenden? ¿Quiénes son ustedes? No me gusta...

—Le hemos seguido desde que entró en el «Sapo Blanco». Queríamos conocer al tipo lo bastante loco para colarse allí como si estuviese paseando en París.

Una risita desagradable conmovió al desconocido. Sus facciones se perfilaron ahora claramente.

Barnard vio a un hombre, casi un niño, barbilampiño, de labios finos, crueles.

Era de miembros delicados Y de toda su persona se desprendía una «atmósfera» malévola, inquietante.

Reconoció al tipo. Individuos así daban el mayor porcentaje de criminalidad en el mundo entero.

Eran seres tarados, con una fisiología equivocada, conscientes de tal monstruosidad.

Volvió a reír el otro. Prosiguió:

—¿Sabe? Había dos posibilidades muy desagradables para usted. O estaba loco o pertenecía a los tipos indecentes que se identifican con esos cerdos rebeldes. Y en este último caso...

El momento era tenso, lleno de peligro. La noche argelina se manifiesta en su realidad temerosa.

El resto del grupo se estrechaba en torno a Barnard. Éste musitó con amenazadora suavidad:

—¿Qué conclusión sacó, amigo? ¿Qué hubiese sucedido de ser yo uno de esos tipos a los que se refería?

Uno de los terroristas dejó escapar una carcajada siniestra. Murmuró:

—¡Caramba! ¡Está loco, no hay duda!

Restalló la voz del que llevaba la batuta:

—¡Cierra el pico, Gerard!

Habló luego de un silencio, dirigiéndose otra vez a Leo Barnard:

—¿Qué le parece? ¿Supone que habría podido llegar hasta aquí vivo?

Repitió su risa, que calaba hasta el fondo de la personalidad de Barnard, originando en su corazón el deseo de aplastar a aquel malsano individuo.

Súbitamente se envaró el desconocido. Uno de sus compañeros habló latiendo en su voz una nota de urgencia:

—¡Creo que vienen ahí, «Papillon»!

Poco a poco el sonido de un motor se iba acercando al lugar adonde se hallaban.

El llamado «Papillon» urgió:

—Bueno; ¡venga ahora con nosotros! ¡Vamos!

No vaciló el agente del

F. B. I.

Había sucedido precisamente lo que estaba esperando.

Aquellos individuos podían representar el eslabón de la cadena que iba buscando.

Se movilizó tras «Papillon» y sus compañeros. Éstos se

internaron hacia las sombras que se extendían más allá del monumento al Soldado Desconocido.

Quedaron agazapados, en tensión, tras uno de los bancos de piedra del paseo.

«Papillon» jadeó a su lado:

—¿Te das cuenta? ¿Creías haber despistado a esos cerdos, eh? ¡Seguro que estás loco! Pero ahora verás algo bueno.

En las manos casi femeninas de «Papillon» resultaba una nota incongruente la metralleta que sostenían.

Los otros tres hombres iban también armados. Se maravilló Barnard de la disciplina que mostraban.

Se le hizo evidente que aquellos hombres pertenecían a cuadros en constante lucha, acostumbrados a situaciones de violencia, perfectamente compenetrados.

«Papillon», a su lado, ladró una orden:

—¡Tú, Maurice! ¡Encárgate del coche! ¡Pronto!

Del grupo se desgajó uno de los componentes. Corrió hacia la cálzala, cinta gris bajo la luz de los faros de neón del alumbrado público.

El terrorista alcanzó el borde de la acera justamente en el momento en que el coche llegaba a su altura.

Venía despacio, como si sus ocupantes vigilaran buscando descubrir al hombre que perseguían.

Maurice arrojó una bomba bajo las ruedas del vehículo. Se produjo la explosión acto seguido.

El coche recortó aún varios metros zigzagueando, perdido el control del volante por el conductor. Se estrelló al fin contra el borde de la acera.

«Papillon» y los suyos, seguidos de Barnard, avanzaron. La risita de «Papillon» en falsete se elevó exultante.

Varias sombras fugitivas, que se arrastraban, salieron del coche. Una de ellas se tambaleó y cayó al fin a plomo.

Alguien disparó en dirección al grupo terrorista. La metralleta, manejada por una mano insegura, restalló incisiva. Las balas zumbaron furiosas sobre sus cabezas.

«Papillon» se aplastó contra el suelo. Disparó varias veces hacia adelante. Lanzaba maldiciones entre dientes.

Fue entonces cuando Leo Barnard decidió demostrar a aquellos

individuos la conveniencia de alistarlos entre sus filas.

Se lanzó en dirección a los fugitivos. Junto a su oído silbaron las balas quejumbrosas.

A sus espaldas oyó una maldición y una advertencia que venía de «Papillon».

Cuando había recorrido algunos metros se detuvo súbitamente. Con un seco movimiento de la muñeca enfiló la pistola en dirección a los fugitivos.

Apretó el gatillo dos veces. No le era necesario apuntar. Cientos de veces había practicado aquella modalidad de tiro en las salas especiales de entrenamiento de la Federal Bureau of Investigación.

Cazó a los hombres que huían con los dos primeros disparos. Uno de ellos saltó en el aire como un conejo sorprendido en plena carrera.

El otro recorrió aún algunos pasos tambaleante. Quedó al fin sobre el asfalto, inmóvil.

«Papillon» y el resto de los terroristas se situaron a su lado.

Gruñó el primero:

—¡Demonios! ¡Un solo disparo para cada uno! ¡Eso es lo mejor que he visto en la...!

Otra vez en la noche se oyó el aullido de las sirenas. Se acercaba rápidamente.

«Papillon» se tragó el resto de las palabras con un seco encajar de las mandíbulas.

Dijo:

—¡Maldita sea! ¡Vienen demasiado pronto! Tenemos que salir pitando.

No parecía, sin embargo, tener demasiada preocupación por lo que pudiese ocurrir.

Comentó Barnard:

—Es la «poli», ¿no?

—Desde luego. Pero no tienen prisa. Son los «paras», ¿comprendes? Están con nosotros, aunque, desde luego, no es conveniente que nos encuentren aquí. ¡Vamos!

Gruñó malhumorado Barnard:

—¿Dónde piensas que voy a ir? No me gusta que me manejan como a un monigote. Si crees que...

Impaciente le interrumpió el otro. La nota histérica de su voz se

acentuó:

—Déjate de tonterías. No discutas ahora. Nadie en Argel, a menos que esté completamente loco, hace lo que tú esta noche.

Golpeó con un dedo índice rígido en el pecho del agente federal, a fin de subrayar sus palabras:

—No seas idiota, además. Si los «paras» llegan a encontrarte aquí te echarán el guante, ¿entendido? No tendrán más remedio que hacerlo..., aunque no les guste. Lo mismo ocurriría en el caso de pescarte merodeando por ahí solo. En cualquier caso tendrías para una buena temporada en la cárcel o tal vez algo peor.

Se detuvo un momento, dejando que la voz de las sirenas, que cada vez se oía más cercana, penetrase en los oídos de sus compañeros.

Finalizó:

—Repito. Sígueme ahora. Después tendrás ocasión de decir lo que piensas, ¿estamos?

Leo Barnard se conformó aparentando reluctancia. Siguió en silencio a «Papillón» y a sus hombres.

Ahora estaba seguro de que se hallaba en el buen camino. Aquellos hombres, sin duda alguna, pertenecían a la organización terrorista que trataba por todos los medios —al menos aparentemente— de conservar Argelia para Francia.

V

BEN Haminorth tomó un largo trago de la cantimplora recubierta de paño que colgaba de su cinturón.

Naam Barka comentó:

—Baja la cabezota, Ben. Y no bebas demasiada agua. Resérvate lo que puedas. Nos espera un día muy largo.

Sus ojos, de intensa negrura, que relucían bajo las cejas espesas como carbones, parecían dotados de la posibilidad de abarcar el conjunto de las cosas de una sola ojeada.

Prosiguió:

—Escucha. No pretendas ser un héroe. Los héroes generalmente están muertos. Y eso de nada serviría a Argelia ni a los argelinos.

El sol —aunque pronto desaparecería tras las montañas— batía con fuerza la pelada colina donde los guerrilleros del

F. L. N.,

esperaban pacientes.

Barka prosiguió hablando. Sus oscuras facciones desaparecían casi bajo una poblada barba, que se encrespaba a veces furiosa, en determinados pasajes de sus palabras:

—Te he dicho muchas veces que ésta no es una guerra donde se hayan de ganar condecoraciones. Eso está bien para otras ocasiones en que resulta bonito ser mencionado como un tipo valiente. Aquí cada combatiente representa un elemento casi imposible de sustituir... especialmente si se trata de hombres como tú, Ben...

Una ametralladora tableteó a lo lejos. Las balas silbaron quejumbrosamente sobre sus cabezas. Varias se clavaron en el suelo con chasquido seco, muy cerca de donde Barka estaba echado.

Les servía de refugio una hondonada natural del terreno. No era muy eficaz, pero por la posición, un poco más baja, del enemigo que hostigaba a los guerrilleros cumplía su papel de parapeto.

Barka masculló una maldición:

—¡Esos perros...!

No había, sin embargo, verdadera ira en su tono. Aquélla era la guerra. Como todas, cruel, salvaje.

No obstante, entre los combatientes raramente existe un verdadero sentimiento de odio.

Se trataba de hombres igualmente hastiados o enardecidos, que padecían molestias similares y que, en el fondo, la mayor parte de ellos habrían sido buenos amigos de los que combatían enfrente.

Ladró el jefe de los guerrilleros una orden con salvaje energía:

—¡No disparéis, muchachos! Dejad a esos imbéciles que gasten ellos las municiones. Que se vayan a la m... con sus puercas maniobras. Lo que quieren es enredarnos y hacernos salir de aquí. No lo conseguirán.

Eran unos veinte hombres bajo el mando de Barka. Una patrulla de combatientes experimentados, capaces de enfrentar por sí solos las circunstancias más adversas.

Sus atuendos resultaban incongruentes, abigarrados. Nada más lejos a una apariencia de uniformidad.

Predominaban, sin embargo, los campesinos. Sus amplios pantalones de telas claras, las chaquetillas multicolores, las camisas sin cuello el invariable fez cubriendo las cabezas afeitadas.

Existía una razón primordial para justificar aquella falta de uniformidad en el ropaje.

En primer lugar, los hombres del
F. L. N.,

no constituían un ejército regular ni disponían de los medios; económicos para ello.

Pero de mayor importancia era el que, en un momento dado, en su actual condición, podían dispersarse, desaparecer, haciendo imposible su captura.

Las armas quedaban entonces depositadas en algún escondrijo habilitado al efecto.

Y ellos regresarían a sus aldeas bajo la apariencia de pacíficos labradores... que al día siguiente o en otra ocasión cualquiera volvían a transformarse en guerrilleros y a luchar por la independencia.

Un individuo barbudo, corpulento, que se mantenía agazapado tras un improvisado parapeto de piedras, en vigilancia constante,

gritó:

—¡Vete al infierno, Barka! ¿Crees que ésas tratando con unos infelices? Nadie malgastará aquí un cartucho, a menos que sirva para tumbar patas arriba a un «para».

—¡Cállate, bocazas! Sigue vigilando. Esos perros, a quien el infierno confunda, tienen los oídos largos y tú los pulmones demasiado potentes. Eres capaz de contarles nuestros secretos, aunque estuviesen a veinte kilómetros.

—¡Maldita sea! —Gruñó otro de los hombres—. ¡Estoy harto! Llevamos seis horas en este maldito agujero. Tengo hambre, sed... y ganas de otras cosas. ¿Cuándo podremos largarnos?

El barbudo rió tras su parapeto estrepitosamente:

—¡Vaya! Kobba tiene ganas de... «otras cosas». ¡Ja! Es más cursi que un repollo con lacito. ¿Desde cuándo ir al retrete se le llama...?

Sus palabras quedaron cortadas por una ráfaga de ametralladora que se clavó con seco crujido en el parapeto que le protegía.

Agachó la cabeza dándose al mismo tiempo un golpe contra el punto de mira del fusil que sujetaba entre las manos.

Hubo una carcajada general entre los guerrilleros. Barka inquirió irónico:

—¿Te has hecho mucho daño, amigo? ¿Quieres un poco de penicilina o te bastará con árnica simplemente? Ten cuidado. De lo contrario tu mujer tendrá que buscarse otro que le caliente la cama esta noche.

Se silenciaron. El vigilante murmuró dos o tres veces maldiciones y se atuvo a su obligación.

Haminorth inquirió ahora:

—¿Qué has pretendido decir con esa insinuación de que yo sea distinto a los demás hombres que combaten aquí, Barka? ¿Qué pretendes?

Se detuvo. Una leve intranquilidad le mantenía en tensión. Había tomado sus precauciones hasta llegar a dónde ahora se encontraba.

Hallar las huellas y seguirlas, llegando a establecer una vinculación con el

F. B. I.,

era casi imposible.

Pero los hombres prudentes han de dejar siempre una

posibilidad al error y estar preparados para enfrentarse al resultado de un fallo en los planes.

Así, Ben vigiló a Barka mientras esperaba respuesta. En los breves días que duraba su conocimiento de aquel hombre había llegado a experimentar respeto hacia él.

Reconoció en Naam Barka a un verdadero luchador, dotado de la suficiente inteligencia para desempeñar el papel que la vida le había adjudicado.

No tenía otra misión que pelear. Y en el cumplimiento de ella podía ser tan exacto y eficiente como un tanque.

Además, Barka poseía la cualidad de saber mandar. Los hombres que le seguían se mostraban capaces de todas las hazañas, solamente movidos por el sentimiento que Naam sabía despertar en sus mentes, convenciéndoles de ser superiores a los enemigos.

El jefe de los guerrilleros extrajo una pipa renegrida, cuya cazoleta representaba la cabeza de un indio, y la relleno calmoso del verde tabaco de cosecha propia, que todos los campesinos de Argelia utilizaban.

Encendió y fumó en silencio algunos instantes. Alrededor de su cabeza se iba enredando el humo grisáceo sobre el que los moribundos rayos del sol de poniente colocaban destellos blanquecinos.

Dijo al fin:

—No sé hablar muy bien, Haminorth. Trataré, no obstante, de explicarme. Fíjate; nuestra lucha es como la de una hormiga que ataca a un oso. Sabe que lógicamente debe perder, pero también sabe que si cesa un momento de atacar está muerta, sin escapatoria posible.

Sacó la pipa de entre los dientes. Hizo un vago ademán hacia el resto de los guerrilleros, que dormitaban, esperando que los últimos rayos del sol les permitiesen deslizarse a través de los enemigos, burlando una vez más la vigilancia a que se hallaban sometidos.

Prosiguió Barka:

—Esos hombres son maravillosos. Luchan desde hace muchos años por conseguir algo imposible para nosotros: la libertad. Todos, estoy seguro, comprenden en el fondo de sus corazones que los beneficios de un bien tan grande no han de llegarles, que están luchando para otros, los que han de venir tras ellos, que disfrutarán

la cosecha de su sangre y sus sufrimientos. Son los mejores combatientes del mundo...

En sus ojos ardía una hoguera de orgullo y fanatismo. Ben pensaba que aquellas últimas palabras, y hasta los mismos conceptos eran los que se esgrimían en la parte contraria.

Posiblemente, algún jefe francés contaba a otro hombre en la intimidad de un campamento que sus combatientes eran los mejores y que eran plenamente conscientes del sacrificio que hacían para las generaciones venideras.

Ben poseía sus propias ideas acerca de todo aquello. Más no era el momento de exponerlas.

La voz de Barka se dejó oír de nuevo.

—No voy a negar que el frente más importante de todos está aquí, en los montes, en lucha abierta, ganándonos el derecho a la independencia cada día, a pulso. Sin embargo...

Clavó las pupilas en el rostro de su interlocutor. Siguió:

—... Sin embargo, cualquiera de nosotros es útil sabiendo lo suficiente para apretar un gatillo. Basta eso y valor. Hay otros lugares, en cambio, también muy importantes, donde son necesarias cualidades distintas. Allí, los hombres que han recorrido mundo, que poseen una cultura, sirven un papel de mayor relieve. Esos hombres no deben actuar fuera de sus auténticas posibilidades.

Apretó la pipa entre los dientes. La enmarañada barba pareció encrespase al proyectar la mandíbula hacia adelante.

—¿Significa todo eso que has hecho planes para mí, Barka?

—Tal vez. De cualquier forma... esta noche lo sabrás, si esos perros de ahí enfrente no encuentran la manera de mandarnos al otro barrio.

Quedaron en silencio. El ancho disco del sol iba desapareciendo ahora tras las montañas.

Poco a poco las sombras se habían ido alargando, apoderándose de los valles y cañadas.

De cuando en cuando la ametralladora que les había hostigado durante todo el día lanzaba una ráfaga de plomo que se perdía a lo lejos con melancólico aullido.

La abrupta sierra que les rodeaba estaba llena de paracaidistas, llevando la muerte en el corazón.

Mas no habían intentado el asalto a la colina, donde los

rodearan por la mañana, ya que su posición era casi inexpugnable.

No había árboles que estorbaran la visión en ella. Y dominaba en altura al resto de los montes que la rodeaban.

Todos sabían que apenas cayera la noche los «paras» se arrastrarían en dirección a su refugio.

Pero también sabían que Barka no iba a permitir que tal cosa ocurriera.

Barka dio una orden:

—¡Vamos! Hay que estar preparados. Tenemos que salir de aquí antes de que empiecen a moverse.

Su silueta se perfiló ya borrosa al ponerse en pie. Ben le imitó al tiempo que inquiría:

—¿Por dónde vamos a escabullimos?

—Tú vendrás conmigo. Salimos los primeros. Luego ellos escaparán cada uno por un sitio.

Hablaba indiferente, comentando un hecho que carecía de importancia al parecer.

Ben dijo:

—Escucha. Eso no es justo, ¿no te parece? ¿Por qué han de quedarse mientras nosotros escapamos? Tienen el mismo derecho a conservar la piel. Yo...

La pipa de Barka señaló hacia su pecho obligándole a cesar de hablar.

Gruñó Barka:

—¡Demonios! Eres un tipo raro. A veces capaz de jugarle el pescuezo, como si estuvieras loco. Otras te muestras como una damisela. ¿De dónde sales con esas ideas de vieja lagrimosa?

Las palabras que pugnaban por salir de la garganta de Ben quedaron allí ahogadas por un esfuerzo de su voluntad.

No podía despertar sospechas en la mente de Naam Barka. Para él, cuyo único objetivo era cumplir la misión para la que había sido designado por la Federal Bureau of Investigation, aquel hombre era el puente que debía conducirlo a la verdad.

Prosiguió Barka:

—Aprende de una vez esto: Las vidas no tienen importancia ni se les concede más valor que el de su utilidad. No dejaré nunca que uno de mis hombres arriesgue inútilmente su pellejo. Pero cuando considere importante algo, no vacilaré en sacrificar cuanto sea

necesario para conseguirlo, ¿comprendes?

Finalizó incisivo:

—Tienes que salir tú de aquí sano y salvo esta noche. Hay alguien que desea encargarte una misión importante. Te sacaré aunque el cielo se hunda.

Tras un silencio que subrayó la energía de sus últimas palabras, ordenó:

—¡Vamos!

VI

LA noche cayó sobre la tierra como un buitre sobre la presa. Se engulló las rocas, los árboles, los hombres... y protegió a los que combatían en su intento de matar con impunidad.

Barka y Ben Haminorth se deslizaron por el angosto cañón que se abría en una de las laderas de la colina.

Atrás empezaron a ladrar las armas automáticas con sus secas voces. De cuando en cuando una explosión más fuerte conmovía la tierra, enviando ondas sonoras a la lejanía.

Súbitamente, Barka aferró el brazo derecho de Ben inmovilizándolo.

Musitó:

—¡Quieto!

Quedaron silenciosos, agazapados, bultos que podían ser rocas, pero que se hallaban dispuestos a matar si era necesario.

No lejos se produjo el sonido de piedras que se deslizaban bajo los pasos de seres humanos.

Haminorth se sorprendió escuchando los latidos de su corazón, que aceleraban su compás.

No tenía miedo. Era la exaltación del peligro, pues sabía que los hombres que se acercaban eran los «paras» que les persiguieran durante toda la jornada.

Lentamente, unos metros a su derecha, vio deslizarse una larga fila de oscuras sombras, caminando sigilosas.

Se movió hasta quedar de cara a ellos, enfilando su rifle automático en aquella dirección.

De nuevo le llegó la voz de Barka en sordina, como el sonido del viento, únicamente audible para él:

—¡No te muevas!

Pasaron segundos angustiosos, esperando a cada momento el grito de alarma, señalando que habían sido descubiertos.

Pero éste no se produjo. La oscuridad se tragó a los enemigos en su marcha hacia la colina.

Esperaron aún algunos instantes. De repente el alto de la colina donde resistían los guerrilleros pareció arder, romperse bajo los impactos de centenares de bombas.

Las armas automáticas adquirieron un ritmo infernal. Las explosiones se sucedían sin cesar.

Barka y Haminorth se alejaron del lugar de la acción. En el interior del agente del

F. B. I.,

se producía un extraño fenómeno.

Nada le unía a aquellos hombres que luchaban allá arriba. Únicamente un contacto casual de breves días.

Pero una rabia inmensa le agobiaba. Le hubiese gustado volver, combatir junto a ellos, morir a su lado.

Odió a Naam Barka mientras caminaba alejándose del peligro, se odió a sí mismo por ser incapaz de mandar al diablo sus deberes hacia los federales. Y también odió a los que combatían muriendo para que ellos lograsen escapar.

Alcanzaron la estribación de una colina arbolada, la misma que habían estado mirando con ojos de ansia durante las horas crueles de sol pasadas.

Barka suspiró profundamente. Dijo:

—¡Por los cuernos de una cabra loca! Creí que no acabaríamos nunca. A veces...

—¿Quién anda ahí? ¡Alto!

Una voz aguda perforó la noche. Los dos hombres se volvieron en dirección al lugar donde resonaba.

Varias sombras se desdibujaban en la oscuridad, protegidas por un grupo de árboles.

Barka saltó gritando:

—¡Lárgate pronto, Ben! ¡Escapa!

Alguien disparó. Una bala se clavó en el cuerpo de Naam. Éste a su vez apretó el gatillo del rifle automático.

Ben Haminorth actuó velozmente. Se tiró al suelo. El arma que apretaba entre las manos vomitó plomo y fuego.

Se elevaron los gritos de los hombres heridos mezclados al ruido de las explosiones.

Ben lanzó una bomba. Vio un hombre que caía y otros que buscaban la salvación huyendo.

Se acercó a donde yacía Barka inmóvil. Levantó el cuerpo fornido sin esfuerzo.

No esperó; se internó entre la espesura, caminando ladera arriba, alejándose del lugar de Ja emboscada.

De cuando en cuando oía tras sí algún disparo aislado. Hacía tiempo, por otra parte, que el combate en la colina había cesado.

Se preguntó cuántos de sus compañeros en aquella acción habrían logrado sobrevivir.

Caminó sin cesar mucho tiempo. Sabía dónde encaminarse. No lejos de allí estaba la aldea donde Barka aparentaba continuar siendo el ignorante campesino únicamente preocupado por la próxima cosecha.

Incluso en el momento presente era el funcionario de más categoría, nombrado por sus conciudadanos para ejercer las funciones de alcalde.

Se detuvo a poca distancia de la aldea. Lo hizo porque en ella se advertía gran agitación, luces y movimiento poco normales allí.

Era evidente que algo extraño ocurría. No dudó de lo que podría significar aquello.

Se trataba probablemente de alguna incursión de los «paras» tratando atrapar a los guerrilleros.

Súbitamente le llegó el sonido de la voz de Barka, plena de tranquilidad, como si nada hubiese ocurrido.

—¿Qué pasa, Ben? ¿Por qué estamos aquí parados?

Contestó:

—No podemos seguir de momento, Naam. Creo que los «paras» están en Bad el Nass. Hay que esperar...

Inquirió al cabo de unos instantes:

—¿Qué tal te sientes, amigo? Creí que te habían dado el pasaporte definitivo.

Se rió Barka. Murmuró:

—Estás loco, no hay duda. ¿Por qué me llevaste entonces contigo? Tienes que aprender aún muchas cosas, Ben.

Volvió a reír. Tenía razón, eso era lo malo, que tenía razón. Porque en el sencillo código de aquellos combatientes imperaba en forma absoluta la lógica.

Ben Haminorth, que se consideraba duro y experimentado, se veía sorprendido a cada paso ante la dureza y experiencia de sus actuales compañeros.

No dijo nada. Barka añadió:

—Creo que me han roto un alón, Ben. Mientras esperamos tal vez sea lo mejor que intentes detener la sangre. Me siento cada vez más débil.

Tenía una herida en el brazo derecho con amplio desgarró. La luna, que asomaba esplendorosa por encima del horizonte, permitió al agente federal realizar la cura.

Una vez acabada, Barka comentó:

—Me gustaría tomar un trago, amigo. ¿Te queda aún agua?

Ben dejó escapar una risita. Dijo:

—Me parece que el agua no es en lo que estás pensando, Naam. Pero tendrás que conformarte con ella.

—Qué le vamos a hacer —suspiró Barka.

Bebió con ansia. Luego quedaron en silencio, escuchando los rumores de la noche, acechando las idas y venidas de los indeseables visitantes en la aldea.

Poco a poco, sin embargo, la actividad cesó en ella. Los faros de varios vehículos perforaron la noche alejándose hacia el valle.

Barka decidió:

—Bueno; tenemos que irnos. Andando.

—¿Quieres que te ayude?

—No, demonios. Me han herido en un brazo; las piernas las tengo en perfecto estado.

Ben siguió en silencio a Barka. Éste, tras un breve silencio, dijo:

—Eres un buen muchacho, Ben Haminorth. No creas que no aprecio lo que has hecho por mí esta noche.

Nada respondió el agente federal. Al cabo de algunos minutos de marcha preguntó:

—Oye, Naam. ¿Quién es ese hombre que desea verme?

—No sé mucho, en realidad Te diré una cosa tan sólo. Van a meterte de cabeza en un lío aun peor que la guerra abierta, ¿estamos? Cuando Ferhat Abbas se interesa por algo directamente es que el individuo elegido estará tan a gusto en el trabajo que le encarguen como sentado en un montón de carbones encendidos.

Ponderó Ben aquellas palabras en silencio. El nombre de Ferhat

Abbas convertía el asunto en algo de primera importancia.

Se dijo que posiblemente la suerte le estaba ayudando. La suerte y el hecho de que el haberle elegido a él la Federal Bureau of Investigation para llevar a cabo aquel trabajo en Argelia no era una casualidad.

Justamente algunas de las cosas que Barka le dijera por la tarde probada el acierto de la oficina federal.

Decía bien Barka al considerar que los hombres del

F. L. N.,

debían obtener el máximo rendimiento del material humano sujeto a sus órdenes.

El hacerlo así les ayudaba a ganar una guerra que de otra forma habrían perdido sin remedio.

Las primeras casas de Bad el Nass surgieron ante ellos como brotadas de la tierra repentinamente. La aldea se hallaba silenciosa, más para los nervios sensibilizados de Haminorth el silencio que envolvía a Bad el Nass estaba cargado de tensión.

Le parecía advertir como si el espíritu de los hombres que se cobijaban bajo los techos de paja de las chozas formase una nube sombría, de tonos rojizos que de un momento a otro descargaría una tormenta de sangre y violencia sobre la tierra.

Atravesaron las silenciosas calles polvorientas esperando no haberse equivocado al deducir que los «paras» habían abandonado el lugar.

Desde luego tal razonamiento tenía su base en experiencias anteriores. Los franceses procuraban que sus estancias en aquellas aldeas perdidas fuesen lo más cortas posibles.

En caso contrario estaban expuestos a una concentración rápida de los hombres del

F. L. N.,

maestros en tal clase de sorpresas.

Una sombra se perfiló súbitamente ante ellos. Barka habló con voz tensa:

—¿Quién va?

—Hola, Naam. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tardaste tanto?

El recién llegado era un hombre alto, vestido con un amplio caftán que le llegaba hasta las rodillas.

Barka respondió malhumorado:

—Hablas demasiado, Hamed. ¿Vino ese hombre?

—Claro que sí. Por cierto que esos malditos a quienes Alá confunda estuvieron a punto de descubrirlo. Pero la vieja Murida lo escondió. ¿Sabes dónde?

Lanzó una carcajada estentórea. Finalizó:

—Lo metió entre sus faldas. ¡Ja! Me imagino que no volverá a olvidarse de Muñirá, ¿qué te parece?

—¿Dónde está ahora?

—En el antiguo granero. No habla mucho. Él...

—Él no hablará mucho, Hamed. Pero tú sí. Algún día te ahorcarán por ello. ¡Vamos!

Mientras caminaban, Hamed iba hablando nuevamente. Contó la incursión realizada por los paracaidistas.

Según parecía habían preguntado por el alcalde. El jefe de ellos se enfadó mucho al ver que no estaba. Dijo que volverían de nuevo. Querían hablar con el jefe de la aldea para conseguir que denunciase a los rebeldes. Ofrecían mucho dinero a los posibles informadores.

Sus palabras las acompañaba con frecuentes exclamaciones acerca de los perros que lamían las manos de los odiados colonizadores. Ben pensó que no era sincero.

Y al parecer en ello coincidía con Barka, ya que éste exclamó:

—Seguro que son unos perros los que venden a sus hermanos, Hamed. Pero ofrecen mucho dinero, ¿verdad? ¿No has sentido deseos de ganarlo alguna vez?

Quedó silencioso el charlatán ahora. Barka finalizó:

—No hablas tanto, ¿eh? Bueno; creo que nunca serás capaz de traicionarme. ¿Y sabes por qué? Te lo diré, Hamed. No lo harás porque aunque te escondieses en la más honda sima, en el país más alejado de la tierra, te buscarían y morirías en medio de horribles tormentos. Por eso no me traicionarás, Hamed.

Hubo un silencio. Los tres hombres se habían detenido en las chozas que marcaban el final de la aldea.

Por fin gruñó Barka:

—Ahora vete, cerdo. No me gusta tenerte alrededor mío. Hueles peor que una hiena.

Sin contestar, Hamed desapareció. Ben dijo:

—Bueno. Creo que has estado un poco duro. ¿Por qué si piensas

así mantienes a ese hombre a tu lado? Algún día te traicionará, seguro. Y aunque no lo hiciera, ¿de qué sirve un traidor en potencia?

Volviendo a caminar, Barka explicó:

—No olvides lo que te he dicho acerca de las condiciones de la lucha en Argelia. Posiblemente en un país civilizado por completo, no sometido a tiranía alguna, lo que dices sea cierto. Pero aquí hasta los tipos repugnantes como Harneé juegan un papel en los acontecimientos. Ese buitres es hombre de confianza de los franceses, ¿comprendes? Mientras esté en la aldea y no hable sirve de escudo a mis propósitos. El día que falle... Bueno; lo más que puede ocurrir es que a mí me cueste el pescuezo, pero mientras tanto desempeño un servicio. Eso es lo que cuenta.

Otra vez la terrible crudeza de la realidad se le hizo patente a Ben Haminorth.

Se dio cuenta de que Naan Barka y los hombres que le seguían habían hecho un sacrificio absoluto de sus vidas.

Para ellos nada importaba a no ser la victoria final. Y para conseguirla cualquier sacrificio era bueno.

Llegaron a una construcción de proporciones mayores que las de la aldea. Bajo la luz de la luna los desgarrones que el tiempo había producido en sus paredes de argamasa semejaban puertas siniestras que daban a un mundo caduco y primitivo.

Alguien salió a recibirles. Inquirió:

—¿Eres tú, Naam?

—Así es. Buenas noches, Hassan. ¿Alguna novedad?

—Todo está bien. ¿Has traído a Ben Haminorth? ¿Es ese que viene contigo?

Se adentraron en el granero. Una lámpara de petróleo iluminaba desde uno de los ángulos. Polvo, telarañas, suciedad.

Observó ahora Ben al hombre con quién debía entrevistarse. Resultaba una extraña aparición allí.

Vestía un atuendo europeo. Chaqueta y pantalón oscuros, corbata gris.

Parecía un diplomático en visita protocolaria. Era alto, delgado, de movimientos suaves, ágiles.

Únicamente sus ojos demostraban la personalidad que había bajo las maneras correctas.

Eran como dos pozos sin fondo, de tremenda negrura, contemplando al mundo bajo un prisma frío y desagradable.

Barka dijo:

—Éste es Hassan Renard, Ben. De él recibirás las órdenes en adelante. Procura demostrar que no me equivoqué al juzgarte y dar tu nombre para trabajar en un asunto delicado. Nosotros es posible que no volvamos a vernos más. Yo...

Una mano de Hassan se levantó demandando atención. Dijo:

—Te equivocas, Naam. Seguirás trabajando con Haminorth, En este asunto tienes también un papel.

Silenciosos quedaron en actitud de escucha los otros dos hombres. Prosiguió:

—Es un trabajo a realizar en Argel. Hay allí una persona a la que debemos llegar por tu intermedio, Barka. Tú la conoces y ella a ti. ¿Sabes a quién me refiero?

Notó Ben que Naam quedaba rígido. Era evidente que algo le emocionaba profundamente.

Murmuró:

—¿Hablas de Leila, Renard?

—Desde luego. Esa muchacha tiene que ayudarnos. Se trata de algo muy importante. Ferhat Abbas en persona quiere que se obtengan resultados rápidos. Por eso vamos a emplear el, máximo de medios.

Se encaró con Ben. Habló rápidamente en inglés:

—¿Te ha dicho Barka algo de lo que pretendemos?

—Nada. Únicamente que se me necesita debido a mis conocimientos de idiomas. Y también a otras cualidades menos suaves.

De nuevo cambió de idioma Renard. Se expresó en francés:

—Así es, Haminorth. Éste es un asunto en el que debemos contar con hombres capaces. Pero no solamente en la pelea. Habrá que emplear el cerebro. Desgraciadamente hay pocos de entre nosotros que puedan hacerlo. Tenemos magníficos luchadores pero son simplemente máquinas de lucha.

Sus palabras adquirieron de repente mayor rotundidad al volver al idioma árabe.

Habló rápido. Las palabras salían de sus labios como ráfagas de ametralladora.

Y lo que dijo hizo que se apoderase de Ben una gran excitación.
Porque se estaba refiriendo a un hombre llamado Jack Durante.

VII

«PAPILLON» rió con acento malvado. Las primeras luces de la ciudad empezaban a encenderse; la tarde declinaba rápidamente. Su risa de anormal cesó de súbito en la misma forma que había empezado.

—¡Éste es el sitio, Bernard! ¡Párate!

Era una travesía del Boulevard Lafarriere, oscura y estrecha callejuela, flanqueada por edificios de altura desigual y escaleras al aire libre, tan típicas en Argel.

Descendió de la furgoneta. En sus manos llevaba con cuidado un par de bombas de plástico de poca resistencia. Se acercó a uno de los cubos de basura. Dejó caer su carga. Se alejó a buen paso. Estaban preparadas para hacer explosión un par de minutos más tarde.

Subió de nuevo a la furgoneta.

—¡Vámonos!

Bernard hundió el pie en el acelerador. El vehículo saltó hacia adelante como un potro desbocado.

Cuando llegaban a la rue Michelet oyeron las explosiones. De nuevo se desbordó la risa de «Papillon». Su equívoca naturaleza gozaba de un placer exquisito en tales momentos.

Murmuró:

—Bueno, amigo. Ahora toca al «haman» (casa de baños) Gilcourt. La «píldora» que dejaremos allí hará bastante más ruido. Espero que entretenga a las patrullas de vigilancia mientras acabamos el «negocio».

Bernard no quería mirar hacia su compañero, no podía hacerlo. Sin cesar se repetía que su misión era descubrir a los asesinos de Jack Dorante y que nada de lo que ocurría en aquel país le importaba. Pero habría dado el brazo derecho por aplastar a la repugnante sabandija que reía a su lado.

—¡Fíjate en esto!

«Papillon» mostraba una carga de plástico de tamaño diez veces superior a las utilizadas anteriormente.

—El «haman» saltará en pedazos, ¿qué te parece? Lástima que no haya dentro un centenar de tipos. Sería una buena carnicería, ¿verdad? De todas formas, tendremos tiempo de «limpiar» la casa de cambio del judío. Haré un buen montón de dinero. El dinero ayuda siempre a las buenas causas, ¿entiendes?

El plan era sencillo. La bomba que pondrían en el «haman» atraería a las patrullas de vigilancia del sector. En la casa de cambio que se proponían asaltar había únicamente un empleado, un viejo que no representaba factor importante.

La casa de baños estaba situada a mitad de la rue Messuar. En la otra manzana, en la parte opuesta se abría la casa de cambio.

«Papillon» no tardó ni un minuto en situar la bomba de plástico. Saltó a la furgoneta.

—¡Rápido! ¡Fuera de aquí!

Dieron la vuelta a la manzana. Barnard aparcó el vehículo a pocos metros de la entrada al establecimiento bancario. Esperaron impacientes. «Papillon» saltaba sobre el asiento, murmurando palabras soeces y maldiciones mientras se mordía las uñas.

De repente el suelo pareció estremecerse. Una sorda explosión conmovió en sus cimientos a los edificios de alrededor. El tiempo se inmovilizó algunos instantes. En seguida se oyeron voces excitadas, gritos, sirenas policíacas que se elevaban aulladoras en la aterrorizada ciudad.

«Papillon» ordenó:

—¡Vamos! ¡No hay que perder un segundo!

Un hombre asomó tímidamente la nariz en la puerta de la casa de cambio. Justamente en aquel momento, «Papillon» llegó a su altura.

Colocó la pistola que empuñaba en la barriga del viejo. Amenazó:

—¡Adentró, Matusalén! ¡No hables ni te muevas más de lo indispensable! ¡Te mataré si lo haces!

El viejo perdió el color. Obedeció. Los dos hombres se colaron tras él.

—¿Dónde está el dinero?

No esperó la respuesta. Golpeó con rabia en la cara del viejo con el cañón de la pistola.

Un alarido que reprimió prontamente escapó de labios del empleado. Y si en algún momento había pasado por su imaginación hacer resistencia aquello fue bastante para disuadirle.

Se movilizó con agilidad impropia de sus años. Les condujo por un estrecho pasillo hasta una cámara acorazada interior. «Papillon» soltó el grifo de su odiosa risita:

—¡Jí, jí! ¿Te das cuenta, amigo? No es posible contar con mayores facilidades. Incluso tenemos abierta la jaula del dinero, ¿qué te parece?

Llevaban sendos sacos arrollados a la cintura. Barnard entró en la cámara, mientras que el terrorista quedaba vigilando al empleado. Se entregó a la tarea de llenar los sacos con el dinero que allí había. Asombrado comprobó que se sentía nervioso, necesitando dominar sus reflejos que le impulsaban a correr. Liras, libras esterlinas, dólares... Monedas de todos los países. Una fortuna.

Acabó rápidamente. Una sonrisa amarga distendía sus labios. A veces el Destino parecía gozarse en preparar jugarretas como aquélla. Un agente federal, un hombre del F. B. I.

colaborando en un atraco. Pero así eran las cosas...

Le llegó la voz de «Papillon»:

—¡Date prisa! ¡No tenemos todo el día para nosotros!

Apenas hubo salido, «Papillon» empujó al viejo hacia la cámara. Cerró luego. Se deslizó detrás de Barnard.

Afuera la escena no había cambiado. Varios grupos de personas miraban hacia arriba y discutían entre ellos.

La mancha rojiza de un incendio iluminaba el cielo. Comentó el terrorista:

—Buen truco, ¿eh?

Una vez en la furgoneta, Barnard miró su reloj. Toda la operación apenas había durado diez minutos. Era un buen golpe.

—Bien, amigo. Pon en marcha el cacharro. Hay que darse el piro de aquí. Vamos al almacén. Luego al «Club Rojo». Tenemos que entrevistarnos con Maurice y Gerard. Otro trabajito en perspectiva. Pero ése más emocionante.

Condujo Barnard consciente de que iba espionando la posible

aparición de un coche patrulla, temeroso de lo que podría suceder. No era miedo a la muerte. Se trataba de un sentimiento más complicado. Sencillamente: Sentía igual temor que cualquier fuera de la Ley al saberse perseguido por la Policía.

Condujo hasta el almacén donde los terroristas guardaban su utillaje de bandidos. Los coches, las armas y el resto de las herramientas apropiadas al trabajo de terrorismo que ejercían.

Luego entraron en el «Club Rojo». Allí tenía su cuartel general el grupo de «Papillon» y sus amigos.

«Papillon», se acercó al mostrador. Hizo una seña a la camarera; ésta se apresuró a colocar ante él una botella de menta. Aquel individuo siempre bebía menta. Barnard había comprobado que «Papillon» solía emborracharse después de cada operación. Así, evidentemente, lograba calmar sus nervios sometidos a insoportable tensión.

Permanecieron silenciosos durante algún tiempo. «Papillon» bebía sin cesar. Por fin se recostó sobre el mostrador.

Levantó «Papillon» su vaso diciendo:

—¡Por la guerra! ¡Porque no se acabe nunca y tengamos caza abundante!

Estaba borracho. Tenía una borrachera melancólica que se traducía finalmente en un escape de sus íntimos pensamientos.

Barnard se dio cuenta de que aquel hombre estaba diciendo la verdad al pedir que la guerra no se acabase jamás.

Para «Papillon» cuando representaba una situación como la argelina era imprescindible.

Y no por las razones por las que a él mismo le gustaba la aventura y el peligro.

En su caso se trataba tan sólo de amor a la excitación, a la lucha, el enfrentarse con otros hombres y vencerlos.

«Papillon» no era así. Aquel mequetrefe necesitaba la guerra para satisfacer una psicología retorcida, un deseo de hacer mal, de cometer crímenes y regodearse en ello.

«Papillon» se apoyó en su brazo y adelantó la cabeza confidencial.

Musitó:

—Voy a confesarte una cosa, Leo. Eres un tipo formidable. Los demás... ¡bah! Son unos cerdos que carecen de inteligencia. Tú y yo

haremos grandes cosas. No me miras como a un bicho raro. Sabes luchar. Haremos grandes cosas.

Bebió lo que restaba de licor en su vaso. Golpeó sobre el mostrador atrayendo a la camarera.

Leo la miró acariciándola con la vista. Rubia, de caderas opulentas, movimientos sinuosos y sonrisa insinuante.

«Papillon» no le había dedicado ni una sola mirada.

Cuando de nuevo tuvo el vaso lleno, «Papillon» prosiguió:

—Esta noche tenemos un trabajito. Algo especial, de los que a mí me gustan. Dos cerdos piojosos del

F. L. N.,

irán a reunirse con Ala y con las huríes.

Leo le entregó un cigarrillo que encendió dificultosamente.

En medio de una bocanada de humo dejó escapar una risita nerviosa.

Siguió murmurando:

—¡Ja! ¿Sabes una cosa? Uno de ellos es un norteamericano. ¡Imbécil! Engañó a los rebeldes y cree que logrará engañarnos a nosotros también. ¡Un poli, un tipo del

F. B. I.!

¡Como en las películas! ¡Ja, ja!

Le oía Barnard con enorme asombro. Las palabras de «Papillon» suponían un descubrimiento asombroso.

¡Ben Haminorth había sido señalado a los terroristas «ultras» como agente federal!

¿Cómo era posible semejante cosa?

Se mantuvo en silencio. No quería interrumpir al borracho. Estaba embalado, satisfecho de sí mismo y de su inteligencia, queriendo asombrar a su compañero.

Continuó hablando «Papillon».

—¿Qué te parece? Han enviado a un espía para que descubra quién mató a un marrano que se llamaba Dorante. Un tipo enorme. Murió hace un par de meses. Le metimos... le metieron una docena de balas en la barriga. Sangraba como un cerdo... un cerdo... eso es. Hubo que matarle. Y también a la chica. Empezaba a ser un peligro para todos... Las mujeres siempre son un peligro... ¿comprendes?

Poco a poco las palabras de «Papillon» iban convirtiéndose en un

confuso murmullo.

Agotó la bebida que restaba en el vaso. Acabó por inclinar la cabeza y apoyarla en el mostrador.

La mente de Barnard trabajó a presión multiplicada. Súbitamente la misión que le había sido encomendada parecía en su fase final.

Conocía ahora la identidad de los hombres autores materiales de la muerte de Jack Dorante.

La enturbiada mente de «Papillon» le había dado la clave. Justamente el grupo de pistoleros a los que se hallaba unido eran los criminales.

Porque, tal circunstancia, se deducía con toda claridad de lo dicho por «Papillon».

Por otra parte, no le sorprendía el que «Papillon» y su grupo fuesen los asesinos. El hecho caía de aquellos individuos.

En realidad, no eran sino unos «gangsters» a los que alguien pagaba y manejaba para cumplir fines propios.

No obstante, se hacía necesario continuar la investigación. Aún no conocía la identidad de la persona que en la sombra movía los hilos de la intriga.

La camarera se acercó ondulando las caderas voluptuosamente. Comentó:

—¡Vaya! Me extrañaba que aguantara tanto este tipo. Ya se ha emborrachado del todo, ¿eh?

—Escucha preciosa. ¿Qué hacéis con él cuando se pone así?

—Si por mí fuera lo tiraría al cubo de la basura. Pero es amigo del dueño. Arriba hay una habitación donde puedes subirlo. No será la primera vez que este... «Papillón» duerme aquí la mona.

Había un tono de desprecio patente en las palabras de la mujer.

Leo Barnard levantó a «Papillón» sin esfuerzo. Siguiendo las indicaciones de la camarera llevó el cuerpo hasta una habitación del piso superior. Había una serie de cuartos cuya justificación era la faena turística que en tiempos pasados iba en busca de color local... al tiempo que de otras «especialidades» Argelinas.

Lo dejó plácidamente dormido. Descendió de nuevo al establecimiento. Consultó su reloj.

Tenían una cita dentro de pocos minutos con el resto de los hombres. Supuso que no tardarían en llegar.

El «Club Rojo», era un agujero decorado con fantasía surrealista, donde la luz solar no había penetrado jamás.

La clientela era escasa. Tipos extraños, que imitaban en sus ropajes a las audacias de París más avanzadas, barbudos y greñudos, cuya aspiración era lavarse lo menos posible.

Pidió un «*whisky*» mientras meditaba. Se hacía imperativo avisar a Ben de lo que sucedía.

Mas aquello era, sencillamente, imposible No conocía el lugar donde su compañero podía estar ahora ni la misión que estuviera desempeñando.

De lo dicho por «Papillón» había que deducir la presencia de Ben en la ciudad.

Tenía que encontrarlo en seguida. De lo contrario...

La entrada de Gerad y Maurice en el «Club Rojo» interrumpió sus pensamientos. Se acercaron adonde Leo se hallaba.

Maurice, después de mirar a su alrededor, inquirió:

—¿Dónde está «Papillón»?

Con el pulgar señaló Barnard al piso superior.

—Arriba. Está drogado. Como una cuba.

—¡Maldita sea! ¿Por qué lo has dejado beber? Hay un trabajo para esta noche. ¿Acaso no lo sabía?

Se encogió de hombros Barnard.

—¿Soy su niñera? Él es quien manda, ¿no?

Por otra parte aún queda mucho tiempo. Es cuestión de darle una ducha.

—¡Maldita sea!

Luego de aquella exclamación Maurice quedó silencioso. Su rostro semejava la inexpresiva máscara de un gorila. Podía observarse el lento desarrollo de las ideas que le obligaban a contraer las cejas en un gesto de asombro permanente.

Por fin habló:

—Bueno. Habrá que hacerlo así. Los tipos que hay que liquidar han llegado. Se entrevistarán con la chica y acudirán a la cita. ¡Maldita sea!

Aquello resultaba un jeroglífico para Barnard. Más aparentó estar, al corriente del asunto.

Aseveró:

—Tienes razón. No podemos dejar pasar esta oportunidad.

¿Dónde están ahora?

Esperó la contestación anhelante. Aquélla era su oportunidad de localizar a Ben Haminorth. Maurice ofreció la información sin dificultad.

—Se alojan en un hotel de la Avenida de los Cedros. Cerca del cementerio judío.

Reprimió Barnard el sentimiento de triunfo que sentía a fin de que no se trasluciera en su voz:

—Bien. ¿Qué hacemos?

Gerard intervino. Su audición era ronca, pausada. Sugirió:

—Tal vez convenga dejarle dormir un par de horas. Luego habrá que despertarlo como sea.

—De acuerdo. Lo haremos así.

Maurice intervino de nuevo:

—¿No se escabullirán esos malditos? Pueden largarse del hotel y entonces...

—¡Bah! No es allí donde hay que liquidarlos. Sabemos el lugar de su cita con Leila Saadie. Será la última cosa que hagan en la vida.

Gerard soltó una carcajada. Golpeó el mostrador. Pidió una bebida. Maurice hizo lo mismo.

Leo sé volvió para beber de un trago lo que restaba de «*whisky*» en su vaso.

Un torrente de ideas se agolpaba en su mente. Aquel nombre de Leila Saadie había traído el recuerdo de Mima, la muchacha que muriera poco más tarde de ser asesinado Jack Dorante.

¿No era su apellido también Saadie? La excitación del cazador que se halla próximo a la pieza se apoderó de él.

Todo iba enlazando. Examinó a sus compañeros a través de los semicerrados ojos. Tenía que buscar un pretexto para hablar por teléfono y ponerse en contacto con Haminorth. Maurice había dicho que se alojaba en el Hotel de los Cedros. Bien; no sería difícil avisarle. Y después...

VIII

LEILA Saadie se hallaba dominada por el miedo. Un miedo profundo, que mantenía en tensión sus nervios y le hacía presentir extrañas sombras amenazadoras en torno a ella.

Como un rayo en un cielo sereno, la muerte de Mirna le había sorprendido.

Aquel terrible suceso daba la medida exacta de los peligros a que ella misma estaba expuesta. En cualquier momento podía correr igual suerte que su hermana.

No era un juego la situación argelina. Años atrás, cuando la guerra cruel que azotaba el país empezaba a extenderse, uno podía pensar en términos de romanticismo.

Era como si se estuviese viviendo una de aquellas novelas que le gustaba leer siendo más joven, con muchachos heroicos luchando por la independencia de su patria y jóvenes llenas de idealismo ayudándoles en sus esfuerzos.

Incluso la muerte, vista en semejante perspectiva, parecía rodeada de un halo de gloria, que desdibujaba los perfiles trágicos.

Ahora... Cada vez que pensaba en ello un estremecimiento recorría su cuerpo al considerar la situación.

Fantasmas horribles se alzaban en torno suyo, voces susurrantes que exigían más y más sangre, sacrificios humanos... no importaba de quién o de dónde.

Nada podía hacer Leila, sin embargo, para cambiar el destino. Y tal vez si hubiese podido realizarlo, si la ocasión de mantenerse al margen de los acontecimientos se presentase no habría aprovechado la coyuntura.

Porque, a pesar de todo, aquello que empezaba como un juego, sueños inconcretos de niña, constituía ahora parte inseparable de su ser.

¡Argelia debía ser liberada! Los hombres, todos sus hombres,

blancos o de color, sin diferencia alguna, debían ser salvados para el futuro.

No obstante, la horrorosa muerte de Mirna constituía una carga dolorosa para Leila.

No le era posible apartar de su mente la sospecha de ser ella la causante de aquel trágico destino. Una y otra vez se preguntaba, sin posible respuesta, la razón del asesinato.

Se decía que Mirna jamás había tenido contacto con la violencia. Era una muchacha dulce, tranquila, preocupada tan sólo por cosas de mujer.

Quizá en los últimos tiempos, Mirna se mostró inquieta, ensimismada, viviendo algo que la alejaba de Leila. Pero ello resultaba natural. La situación en Argel obligaba a preocuparse a todos. La vida, el futuro, se unía a los acontecimientos por un hilo sutil, que en cualquier momento podía ser roto.

Leila presentía que la única razón de haber sido asesinada Mirna había que buscarla en las actividades de los que la rodeaban, en aquella lucha fratricida que ensangrentaba las calles de la ciudad a diario.

Sí, Mirna había estado preocupada. Y lo mismo que ella la otra persona que ocupaba puesto preminente en el corazón de la joven.

Los pensamientos se enredaban en su cerebro como multicolores serpentinatas de sombríos tonos.

¡Jean Manker! Otro peso y otro remordimiento para Leila. ¡Qué mal estaba pagando las bondades, el cariño y los desvelos de su anciano protector!

Porque, en realidad, ni Mirna ni Jean eran su verdadera familia. Ciertamente la vida había defraudado a Jean Manker. Llevado de su gran corazón, hombre solitario que jamás conoció el amor, quiso llenar aquel vacío prohiendo a dos muchachas.

Las recogió siendo unas niñas, las mimó, hizo de ellas mujeres preparadas para la vida... obteniendo a cambio de ello el desastre actual.

Desde el día en que Jean descubrió sus actividades en pro de la liberación de Argelia pareció que el viejo soportaba sobre los hombros un peso superior a sus fuerzas; se había encorvado, sus ojos miraban siempre al suelo, callaba, callaba, aunque su silencio era harto elocuente.

Únicamente formuló un ruego. Dijo:

«No permitas que Mirna lo sepa. No dejes que intervenga en ello, Leila. Estas cosas. Bueno... ella no debe sufrir por algo que no comprenda. Sería horrible, ¿te das cuenta?».

Y ahora... ¡Mirna asesinada salvajemente! ¿Cómo pudo ocurrir? ¿De qué modo aquella muchacha pudo ser enredada en un feo asunto como el crimen cometido en la persona de aquel americano, Jack Dorante?

Aún no había acabado de comprender nada de lo sucedido. La Policía dijo que Mirna estaba saliendo con aquel hombre, que fue vista con él la noche en que lo mataron. ¡Era imposible, imposible!

Desde entonces los ojos de Jean se clavaban en Leila furtivamente, con desesperante frecuencia.

Nada decía el viejo, ningún reproche ni queja alguna. Seguía ayudándola incluso con sus consejos. Porque el cerebro de Jean Manker era agudo como un estilete y su conocimiento de la vida superior en todos los órdenes.

Paulatinamente, Jean se había ido convirtiendo en elemento activo e importante dentro de las células establecidas en la ciudad por el

F. L. N.

Poco a poco, pensaba la muchacha, su influencia malsana iba atrapando a todas aquellas personas que tenían algún contacto con ella.

La tranquilidad existencia de Jean se veía conturbada por sus manejos. Un hombre viejo obligado a actuar en medio de la violencia y el terror.

Claro que la actividad de Jean se había incrementado a partir de la muerte de Mirna.

Lo mismo que Leila, Manker deducía que el crimen había sido cometido por los «ultras». Deseaba, pues, vengarse.

Cerró los ojos. No deseaba seguir viendo en el espejo, ante el que se hallaba desde hacía algunos minutos, aquel rostro cansado, donde las puntas rojizas de las pupilas relucían con brillo febril.

Rápidamente acabó de peinarse. Se despojó luego del vaporoso salto de cama que la envolvía como una caricia. Durante breves segundos quedó semidesnuda.

Su carne joven, dorada por el sol y el viento, se estremeció

ligeramente.

Una intensa amargura la invadió. Ya nunca podría sentirse sobre ella las caricias de un hombre enamorado. La sangre y el odio ponían su marca siniestra en las personas.

Terminó de vestirse. Abandonó la habitación. Recorrió la silenciosa casa, escoltada siempre por los sombríos pensamientos que de continuo asediaban su mente.

Allí había tenido su único hogar, un padre y una hermana. No importaba el que ningún lazo de sangre la ligase a aquellos seres. Constituían el núcleo de sus cariños cercanos. Y su ansia de amor, que la llevara a unirse a quienes estaban luchando por la libertad, la tierra donde habían nacido, tenía leve compensación en Jean y Mirna.

Llegó hasta el despacho de Jean. Como el resto de la casa estaba vacío. Allí también el recuerdo de Mirna imperaba. La efigie de la muchacha miró a Leila desde el marco dorado que había sobre la mesa escritorio.

Le llegó el sonido de la puerta de la calle al cerrarse. Luego los pasos de Jean se acercaron.

Los hubiese reconocido en cualquier circunstancia. Poseían una cualidad de levedad singular. Se diría que caminaba como los gatos, sin que sus pies levantasen eco alguno.

Manker entró. Sus labios se posaron suavemente en la cabellera dorada de la muchacha.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

Recordó Leila que la noche anterior había pretextado un fuerte dolor de cabeza para esquivar la velada a solas con el viejo.

—¡Oh! No era nada, en realidad. Me encuentro perfectamente.

Siguió hablando para evitar nuevas preguntas:

—¿Cómo es que saliste tan temprano hoy, Jean? Apenas son las diez de Ja mañana. Tú...

Se silenció. Sus ojos contemplaron a Jean con asombro. Éste se había acercado a la puerta del despacho y la cerraba con precaución.

El hecho de que no hubiese nadie en la casa parecía no importarle para las medidas de sigilo que adoptaba.

Se volvió hacia la muchacha. Sus ojos claros, bajo las blancas cejas, se mostraban brillantes, llenos de entusiasmo.

Exultó:

—Escucha, Leila. ¡Sé quiénes fueron! ¡He logrado descubrirlo! ¡Ahora no podrán escapar al castigo que merecen! ¡Morirán esos malvados! ¿Te enteras, Leila? ¡Sé quiénes fueron!

Estaba fuera de sí. Leila pensó que tal vez se había vuelto loco. Y aquel pensamiento debió reflejarse claramente en su expresión, pues Jean se apresuró a decir:

—No, Leila, no me he vuelto loco. O quizá esté un poco trastornado. Pero sé lo que me digo. ¡He descubierto a los hombres que asesinaron a Mirna!

Era la primera vez que se pronunciaba francamente entre los dos el nombre de Mirna, después del crimen.

Leila experimentó un estremecimiento bajo el impulso de una emoción profunda.

La ira se apoderó de su corazón. Gritó:

—¿Es cierto? ¿Conoces a los criminales que...?

Hubo de detenerse. Las palabras se agolpaban en su garganta. Y eran como tapones de odio que le impedían hablar.

Prosiguió Jean, la blanca cabellera encrespada, las manos, aquellas manos que Leila siempre viera en actitud de dar, generosa y ampliamente, crispadas, en garras:

—No he estado inactivo todo este tiempo, Leila. Al principio...

Una mirada furtiva se deslizó en sus ojos hacia la muchacha. Continuó vacilante:

—Al principio llegué a odiarte, Leila. Para mí tú tenías la culpa de lo sucedido a Mirna Tú y esos guerrilleros con los que te uniste. Pensé... Bueno; han sido unos días terribles. Enderezó la espalda que durante el párrafo anterior había encorvado. De nuevo se mostró lleno de triunfal alegría:

—Pero luego comprendí que era injusto. No se puede condenar a nadie por que defiende un ideal. Me di cuenta de que yo mismo, que al principio te había ayudado simplemente por tratarse de ti, ahora sentía como propia la causa por la que estábamos luchando. Al fin y al cabo tan culpable podía ser yo como tú de lo sucedido. En consecuencia dejé a un lado los lloriqueos y actué. El resultado es el que te he dicho. ¡Conozco a los hombres que mataron a Mirna!

—¿Qué piensas hacer?

Jean reflexionó unos instantes. Luego inquirió:

—Escucha; ¿no es hoy cuando has de entrevistarte con Naam Kadar?

—Sí.

—¿Qué objeto tiene esa entrevista?

—No lo sé con seguridad. Pero se trata de esos grupos «ultras» que vienen actuando en Argel y que, como sabes, constituyen una pandilla de criminales simplemente. Al parecer, Ferhat Abbas quiere desenmascarar al jefe de esos terroristas, al hombre que se oculta en la sombra. Kadar viene acompañado por otro individuo. Al parecer hemos de trabajar los tres juntos.

Hubo un silencio que rompió al fin Leila.

—¿Qué relación guarda la venida de Kadar con el asesinato de Mirna? ¿Acaso...?

Una rotunda inclinación de cabeza de Jean hizo que cesara de hablar.

Tomó la palabra Manker:

—Claro que hay una relación, Leila. Esos «ultras», los asesinos a que te referías, son los mismos que mataron a Mirna. Al menos eso creo. Por lo tanto, mi descubrimiento tiene la doble ventaja de hacer que podamos vengar a Mirna y cumplir la misión que Kadar pretende.

—¿Quiénes son esos hombres, Jean?

Hubo una corta vacilación por parte del viejo. Luego comunicó:

—No te lo diré... aún.

Se acercó a Leila. Prosiguió:

—Óyeme atenta. Habla con Kadar. Comunícale lo que te he dicho. Luego, vente a casa. Espera. En cualquier momento llamaré por teléfono. Entonces te diré los nombres de esos malvados y también el lugar en donde estarán esta noche. Podremos prepararles una trampa. Ni uno escapará, ¿sabes? Ni uno solo.

—Pero...

—No hables más. Ha de ser así.

Un acento de odio infinito se deslizó en las palabras de Jean ahora:

—... Quiero que esos perros mueran. Son unos asesinos sin piedad. Un grupo de hombres a los que hay que eliminar como alimañas. Díselo a Kadar. ¡Todos deben morir!

Cesó de hablar y se encaminó a la salida. Por primera vez en la

vida, Leila sintió miedo.

Un sentimiento terriblemente violento, de odio y furor, había palpitado en la voz de Jean Manker.

IX

LA casa parecía estar viva, llena de rumores misteriosos, como si las piedras, las vigas, los muebles quisieran enviar un mensaje a la mujer que esperaba impaciente.

El círculo de luz de la lámpara escritorio caía directamente sobre el bulto negro del teléfono.

Leila permanecía inmóvil, relajado el cuerpo, esperando la llamada que habría de poner en movimiento las fuerzas malignas de la destrucción.

Hacía varias horas que regresara de su entrevista con Naam Kadar y Ben Haminorth.

Aún no salía de su asombro. Porque la misión que Kadar debía llevar a cabo era, precisamente, aquella que iba a quedar finalizada en las próximas horas: Descubrir a los hombres que habían matado a Jack Dorante y también a Mirna Saadie.

Resultaba extraño cómo el Azar reunía los hilos de los acontecimientos para formar un entramado perfecto.

Ahora únicamente faltaba el último acto de la tragedia. Una llamada de teléfono que cumpliera la promesa de Jean y los asesinos pagarían su deuda de sangre en sangre.

Se removió inquieta. Un sentimiento inacostumbrado se había introducido en su corazón.

Lo motivaba Ben Haminorth. Jamás antes había conocido a un hombre que lograra preocuparla como aquél.

Rememoraba sin cesar el rostro enérgico, la mirada profunda de los ojos negros, que se clavaban en ella y que parecían dotados del poder de adivinar sus pensamientos.

Hasta entonces, Leila consideró a los hombres como simples camaradas, compañeros admirables en las horas amargas de la guerra. Pero Ben Haminorth...

El ritmo siempre medido de su corazón se aceleraba al pensar

que los brazos poderosos de Ben la estrecharan con pasión, le parecía sentir el contacto de sus labios, un cuerpo que se unía al suyo...

El timbre del teléfono le produjo un sobresalto. Esperó a que resonara varias veces. Luego levantó el auricular.

Le llegó la voz debilitada de Jean en la distancia:

—¿Leila?

—Sí.

—Bien. Escucha, pequeña. Ya está. Todo acabará esta noche. Sé dónde van a reunirse. ¿Hablaste con Naam?

—Desde luego que sí. Se mostró de acuerdo. Precisamente su trabajo es encontrar a esos hombres.

—¡Magnífico! Bueno. Diles que me encuentro en Richmond. Espero en el bar. Tráelos aquí. Les pasaré la información.

Tuvo un momento de vacilación Leila. Luego accedió:

—De acuerdo. Así lo haré.

Se oyó el clip del auricular al ser colgado. Encajó a su vez el teléfono en el soporte.

Salió de la casa sin volver la vista atrás.

Naam Kadar, embutido en un traje europeo, la morena piel del rostro semioculto por la enmarañada barba, sonreía con ferocidad.

Gruñó:

—¡Por los cuernos de un elefante loco! Eso se llama tener suerte, ¿eh? Vamos a resolver el asunto sin trabajo. Ese Jean Manker es una joya, ¿no te parece?

Ben Hamnorth inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Pero en realidad no escuchaba a su compañero. Estaba analizando sin cesar la información que poco antes le había facilitado Leo Barnard por teléfono. Según parecía su identidad como agente federal ya no era un secreto. Sin embargo...

Se hallaban en el cuarto que ambos ocupaban en el hotel. Kadar tenía a su alcance una botella de cerveza. Por su parte bebía ginebra con un trozo de limón.

Había en todo aquello una serie de coincidencias que le mantenían alerta.

Ben era un cazador de hombres. A lo largo de su vida, en su trabajo como agente del

F. B. I.,
aprendió a desconfiar de la casualidad.

Todo estaba saliendo «demasiado» bien. Y le parecía advertir que cada uno de los movimientos que se disponían a ejecutar habían sido sincronizados, a fin de llevarles en determinada dirección.

Kadar volvió a hablar impaciente:

—¿Qué te sucede? ¿Acaso te disgusta comerte el pastel con tanta facilidad?

Estuvo a punto de hacerle partícipe de sus pensamientos. Desistió, sin embargo.

No era aquél su papel. Desconocía a los actores del drama. Resultaba sencillo desconfiar.

Pero Leila Saadie y Jean Manker eran elementos activos, que llevaban luchando mucho tiempo en las filas del

F. L. N.

Lógicamente debían poseer una experiencia que les capacitara para la tarea que desempeñaban.

Le llegó ahora una carcajada reprimida de Naam, Le miró con asombros.

Kadar murmuró:

—Bueno. Me parece que sé lo que te sucede, Ben. Es esa chica, ¿no? ¡Ja! No eres el primero que queda deslumbrado al verla por vez primera. Pero no sacarás nada en limpio. Leila no piensa más que en la lucha. Ella...

Cesó de escucharle de nuevo. El rostro de Leila Saadie se perfiló en su memoria con rasgos netos.

Se dijo que tal vez aquella sensación provenía, justamente, del choque experimentado al verla.

Era una mujer maravillosa. Evocó el cuerpo suave, de curvas hechas para la caricia, los labios rojos, el cabello dorado, que provocaba un hormigueo en sus manos incitándole a hundirlas en él y sentir su contacto sedoso.

No le gustaba sentir una sensación como aquélla. Las mujeres habían sido algo lejano en su vida. Al menos en lo que se refería al trabajo.

Ahora...

El sonido del teléfono, colocado sobre la mesilla que había entre

las dos camas que ocupaban el cuarto detuvo el fluir de sus pensamientos.

Kadar, sin abandonar la posición en que se hallaba, tumbado en una de las camas, alcanzó el auricular.

Lo aproximó a su oído. Escuchó breves instantes, contestando con monosílabos.

Luego dejó el aparato sobre el soporte. Ben inquirió:

—Era Leila. Tenemos que reunirnos con Jean Manker en el Richmond. Nos está esperando. Tiene la información.

Se levantó. Siempre asombraba a Ben la capacidad de aquel hombre para recobrar en un instante su capacidad de acción.

A su vez abandonó el asiento que había ocupado hasta entonces. Salieron.

Maurice, cuyo rostro gorillesco aparecía arrebatado por la bebida, dijo:

—Bueno; ya es hora de levantar a «Papillon», ¿no os parece?

Accedió Barnard. Abandonó el taburete que había ocupado ante el mostrador del «Club Rojo» durante algunas interminables horas.

Envío una sonrisa a la camarera de las curvas excitantes. Seguido de Maurice y Gerard ascendió los escalones que conducían a la habitación en donde «Papillon» dormía la borrachera.

No fue tarea sencilla despertarlo. Apenas lograron ponerlo en pie se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caer.

Barnard empezaba a cansarse de aquellos individuos. Manejó al afeminado sin contemplaciones.

Lo levantó en alto sin esfuerzo, llevándolo hasta la ducha contigua. Acto seguido abrió los grifos. Satisfecho observó cómo la lluvia de agua fría iba empapando a «Papillon».

Maurice exhaló un gruñido:

—¡Cristo! Tiene menos carne que un telegrama. Parece una damisela, ¿eh? Si no fuera por...

Cortó sus palabras encajando con seco crujido las mandíbulas. Leo sabía lo que el terrorista intentaba dar a entender.

Era algo evidente. Aquel tipo, «Papillon», constituía la prueba rotunda de una equivocación de la naturaleza. Todos sus rasgos, incluso muchas de sus reacciones, pertenecían al sexo contrario.

El hecho de que ocupase un puesto entre los hombres se debía exclusivamente al valor, a la fría e inhumana ferocidad que

desplegaba.

«Papillon» se estremeció e intentó escapar de bajo la ducha. Su aguda vocecilla se elevó indignada:

—¡Cerdos asquerosos! ¿Qué mil demonios...? ¡Mataré a quien...!

Maurice soltó una de sus brutales carcajadas. Sujetó al empapado «Papillon» fuertemente.

Dijo:

—¡Vamos, Gerald, Barnard; ayudadme! ¡Tenemos que sacarle hasta la última gota de alcohol de la barriga!

Ciertamente, Maurice no necesitaba la ayuda que solicitaba. Pero una vez más el agente del

F. B. I.,

comprobó el miedo que «Papillon» inspiraba a sus hombres.

Maurice, incluso en aquel momento, requería el apoyo moral de los otros dos, previendo la reacción violenta del jefe.

Aún duró la lucha un par de minutos más. Finalmente, Leo consideró que «Papillon» había de hallarse lo bastante despejado para enfrentar sus responsabilidades.

Salió del agua el criminal con la apariencia de una gallina mojada. Maurice y Gerald reían. Barnard con gran esfuerzo mantuvo una apariencia serena.

Las risas de los dos compinches cesaron súbitamente bajo el peso de una mirada maligna que «Papillon» les envió.

Dejó oír luego su vocecilla aguda temblorosa por la ira:

—Bueno; ¿quién ha sido el imbécil autor de la broma? ¡Dios! ¡Le clavaré una onza de plomo en la tripa! ¡Lo mataré como a un perro! Yo...

Durante algunos instantes la tensión reinó en el cuarto. Ponderó Barnard en su interior el dominio férreo que «Papillon» poseía sobre el resto de los agitadores. Había visto actuar en los días pasados a «Papillon» con otros hombres de acción pertenecientes a las filas de los «ultras». Siempre procedía igualmente rudo y violento.

Habló al fin:

—Lo siento, amigo. La idea fue mía. Estos nada tienen que ver en ello... salvo que me ayudaron a despejarte.

Los ojillos cargados de malignidad de «Papillon» se trasladaron hacia él.

Habló entre dientes con furia:

—¿Acaso te has cansado de vivir, Barnard? ¡Maldito seas! ¡Voy a...!

Decidió en aquel momento el agente federal que había llegado el momento de marcar la diferencia existente entre él y los otros dos «borregos».

En sus palabras se deslizó un acento de amenaza letal ahora. Mantenía las manos encorvadas, dispuesto a la acción. Dijo:

—¿Qué piensas hacer «Medio-Hombre»? ¿Crees que ibas a tener tiempo de matarme?

Realizó un veloz movimiento del brazo derecho en dirección a la axila del lado contrario.

En su mano apareció una pistola. Agregó:

—No seas loco, «Papillon». Ninguno de vosotros podría matarme ni en mil años... a menos que lograra pillarme dormido, ¿te das cuenta?

Las ropas se pegaban al cuerpo de «Papillon» mostrando su escuálida anatomía. En comparación con sus habituales compañeros, Maurice y Gerard, resultaba aún más débil.

Sin embargo, Leo Barnard no le subestimaba. Lo sabía tan peligroso como una «mamba», capaz de atacar con terrible ferocidad y de improviso.

Luego de unos instantes de silencio los finos labios de «Papillon» se curvaron en una sonrisa acre.

Murmuró:

—Tienes razón Barnard, mucha razón. No podríamos matarte a no ser que las circunstancias fuesen otras. Pero ¿quién habla aquí de matar? ¿Acaso no somos amigos? Trabajamos juntos, ¿no?

Se volvió hacia los silenciosos bandidos que habían presenciado la escena sumidos en asombro infinito.

Chilló:

—Vosotros, imbéciles. ¿Qué estáis haciendo ahí con la boca abierta? Id a buscar ropa. No está muy lejos mi alojamiento. ¡Rápido!

Maurice y Gerard desaparecieron a toda velocidad. «Papillon» después de recoger una sábana de la deshecha cama, se metió en el cuarto de la ducha nuevamente.

Oyó correr el agua Barnard de nuevo. Se sentó y esperó con paciencia. Por fin, «Papillon» reapareció envuelto en la sábana a

modo de túnica.

Se mantuvieron en silencio algunos instantes. Pero, finalmente «Papillon» lo rompió, al tiempo que tomaba asiento sobre la cama.

—Bueno —dijo—. Ya se han largado esos idiotas. Dime ahora; ¿qué te has propuesto con esa bromita?

Exclamó Barnard:

—¡Rayos! ¿Estás aún borracho? No se trata de ninguna broma, ¡mil diablos! Te hice un favor o al menos eso creo. ¿No te acuerdas de lo que dijiste?

Un gesto de comprensión iba apareciendo en el rostro de «Papillon».

—Teníamos un trabajo esta noche, ¿no es así? Algo importante según decías. ¿Sabes la hora que es?

Vio cambiar la cara de «Papillon» en un segundo. Por primera vez había una expresión de miedo en ella.

Musitó:

—¡Cuernos! Tienes razón. Yo...

De repente se puso en pie. Envuelto en la sábana parecía la momia pobretona de un faraón.

Gritó:

—¡Maldito seas, Barnard! ¿Por qué me has dejado dormir tanto tiempo? ¡Estoy perdido! ¡Al jefe no le gustan los tipos que fallan! ¡Me mandará matar! ¡Lo hará en cuanto se entere de...!

Barnard levantó una mano y le obligó a silenciarse. Dijo:

—Cálmate, «Papillon». Aún son únicamente las siete de la tarde. Supongo que tendremos tiempo suficiente. Todavía no ha oscurecido por completo. Cálmate.

Una expresión de gratitud inundó el rostro del otro. Murmuró:

—Amigo. Me has salvado la vida. Tienes razón. No es demasiado tarde. Pero...

Se impacientó de nuevo:

—¡Malditos sean esos idiotas! ¿Cuándo piensan venir? Tengo que hablar por teléfono para recibir las instrucciones finales. Y esos cretinos parece que han ido al Polo Norte a buscar mi ropa. ¡Idiotas, hijos de una mona rabiosa!

—¿Quieres que lo haga yo?

Le miró «Papillon». Dijo:

—¿A qué te refieres?

—Llamar por teléfono. Al fin y al cabo...

Una risita irónica apareció en los labios de «Papillon».

Comentó:

—No, Barnard. Eres un buen compañero, pero eso sería demasiado. Al jefe no le gusta que se mezclen extraños en nuestros asuntos. Tiene depositada su confianza en mí y en pocas personas más.

Sufrió un estremecimiento al tiempo que añadía:

—Si llegase a cometer esa equivocación sería la última de mi vida. ¡Me cortaría el cuello con sus propias manos! ¡Es un diablo!

Acabó sus palabras en medio de un susurro temeroso. Ya no era el jefe del grupo terrorista que ensangrentaba la ciudad, sino un ser aterrado, contemplando la muerte cara a cara.

Nada dijo Barnard. Mas la sensación de encontrarse muy cerca de la verdad.

Había muchas cosas extrañas en aquellos hombres y en sus actividades. Cosas que escapaban a la simple calificación de actividades terroristas encaminadas a fines ideológicos.

El agente del

F. B. I.

empezaba a ver a «Papillon» y a sus compañeros en el verdadero papel que les correspondía.

No eran sino bandidos, chacales de la peor especie humana, individuos que se habían mezclado en la tragedia argelina, aprovechándose de ella para sus fines.

Pero existía un fallo en la cadena de razonamiento de Barnard. Cabía ja posibilidad de que aquel jefe, a quien «Papillon» se refería de continuo, fuese un verdadero patriota, un hombre que utilizase el material humano disponible, aplicándolo a fines nobles.

Los pasos de Maurice y Gerard en la escalera acabaron con sus reflexiones.

Más había llegado a una conclusión. Se imponía «sacar» la verdad a «Papillon» por los medios que fuesen. Y lo haría aquella misma noche. Para obtener resultados, Barnard conocía métodos únicos, a los que ningún hombre podía resistirse.

X

ESPERARON la vuelta de «Papillon» en silencio. Maurice y Gerard sumidos en su habitual indiferencia. Barnard dando vueltas a su problema incesantemente.

«Papillon» abandonó al fin la cabina telefónica situada en la planta baja del «Club Rojo».

Pidió una bebida a la camarera, que se la sirvió con una mueca de asco. La bebió cerrando los ojos. Sentenció:

—Un clavo saca a otro clavo, muchachos.

Acabó de beber. Luego dijo:

—Bien; todo está arreglado. Es para esta noche, efectivamente. Tenemos que ir a la Kasba.

Se encaró con Gerard.

—Tú conoces aquello mejor que nadie. ¿Sabes dónde está la Sinagoga Vieja? Bueno; allí hay una callejuela que se llama Yúmaan. A mitad de la callejuela, cerca del cementerio judío, en el antiguo «Molino Rojo», se reúnen esos tipos. Allí estará el americano. ¡Ji! ¿No tiene gracia? Es uno de esos tipos del

F. B. I.,

de esos que hemos visto en las películas. Me gustará cortarle el gaznate. A lo mejor su sangre es de otro color, ¿qué os parece?

Maurice y Gerard hicieron coro a sus carcajadas. Barnard se limitó a sonreír.

Ordenó ahora «Papillon»:

—Bueno. Tenemos que largarnos ya. Hay mucho camino hasta allí.

La noche era suave. Pronto haría su aparición la luna. Un «jeep» les esperaba no lejos de la entrada al «Club».

Subieron. Maurice y «Papillon» delante. Gerard y Barnard atrás. Maurice conducía.

Dejó Barnard que transcurriera algún tiempo antes de actuar.

Necesitaba hallarse fuera de los límites de acción de la Policía regular, a fin de no tener interferencias.

Para llegar a la Kasba desde el «Club Rojo» era necesario recorrer el paseo marítimo en su totalidad, subiendo luego por Bad el Rixa hasta la Calle Larga.

Las aguas del Mediterráneo empezaban a brillar bajo la luz de la luna. Barnard se preparó, pronto estarían al comienzo de Bad el Rixa, donde se inicia la subida a la ciudad vieja.

Procurando no ser advertido sacó la pistola de la funda sobaquera. La empuñó por el cañón.

Maurice disminuyó la marcha para tomar la curva de Bad el Rixa. En aquel momento, Barnard dejó caer la culata de la pistola sobre la cabeza de Gerard. Éste se desplomó como un saco vacío. Lo empujó, abriendo al mismo tiempo la portezuela del «jeep».

Gritó:

—¡Para, Maurice! ¡Gerard se ha caído! Maurice obedeció instantáneamente. Hubo un chirrido agudo de cubiertas sobre asfalto. El «jeep» quedó clavado en medio metro. «Papillon» maldijo:

—¿Qué ocurre? ¡Estáis locos completamente! ¿Por qué...?

Descendió del «jeep» Barnard. Lo mismo hizo Maurice. Luego de unos segundos de vacilación les imitó «Papillon».

Maurice se acercó a donde estaba el cuerpo caído de Gerard, montón de ropas inanimadas. Se inclinó sobre él. Le dio la vuelta. Lo examinó durante breves instantes. Levantó la cabeza luego.

En su rostro inexpresivo se marcaba una mueca de extrañeza. Empezó:

—¡Demonios! ¿Qué significa esto? ¡Tiene roto el coco! ¿Cómo...?

De nuevo actuó Barnard. La culata de la pistola, que aún empuñaba, cayó sobre el cráneo de Maurice.

El golpe sordo del acero contra el hueso resonó siniestro. Quedaron los dos hombres atravesados, uno sobre otro.

Ahora el cañón del arma que sostenía Barnard se enfiló hacia «Papillon». Se inmovilizó el bandido súbitamente.

Un murmullo ronco surgió de su garganta.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué...?

Se acercó a él el agente del

F. B. I.

Una sonrisa distendía sus labios.

Dijo:

—Escucha, «Medio-Hombre». Esto se ha terminado. Te dije antes que me gustaría hablar por teléfono con el jefe. No me gusta que tuerzan mi voluntad. ¡Sube al «jeep»!

Para acelerar el proceso de obediencia golpeó en la cara de «Papillon» con el dorso de la mano libre. Fue un golpe cruel, deliberadamente doloroso. Era algo que deseaba hacer desde que entrara en contacto con el afeminado. Porque «Papillon» le parecía una Babosa de veneno, a la que resultaría agradable aplastar con el pie.

Chilló «Papillon»:

—¡Maldito seas! ¡Te has vuelto loco! ¡No haré jamás...!

Otra vez golpeó Barnard. Retrocedió el otro tambaleante, seguido de Barnard. Una patada al bajo vientre derribó al bandido. Quedó en el suelo gimiendo de forma jadeante.

Lo levantó.

—¡Vamos! ¡Obedece, gusano!

«Papillon» caminó ante Barnard convertido en una piltrafa. El tratamiento que éste le aplicaba era el adecuado, ya que su ferocidad, el sadismo que constituía el fondo de su personalidad, incluía un tremendo miedo a la violencia en su persona.

—¡Ponte al volante!

Obedeció. Barnard volvió a ordenar:

—Tira para la playa. Quiero que estemos en un sitio donde tus gritos no se oigan, «Medio-Hombre». Vas a cantar la sinfonía completa, o de lo contrario...

El «jeep» se puso en marcha lentamente. Las temblorosas manos del afeminado le hicieron traición un par de veces y Barnard hubo de enderezar la dirección.

No tardaron en alcanzar la silenciosa playa. Barnard obligó a «Papillon» a internarse más allá de las construcciones de los muelles nuevos.

Hizo que detuviese el coche cerca de un grupo de rocas, donde terminaba la arena.

Apoyando el cañón de la pistola en la espalda de «Papillon» lo condujo entre las rocas. Luego le obligó a detenerse.

Habló nuevamente:

—Bueno, amigo. Te diré una cosa. No esperes que puedas salir del atolladero con evasivas. Claro que tú no sabes algo importante. ¿Recuerdas a ese hombre del

F. B. I.

que pretendías matar esta noche? Te explicaré un secreto. Yo también pertenezco al Federal Bureau of Investigation. Y quiero que desembuches la historia completa.

La luz de la luna daba de lleno en la cara de «Papillon». Tenía la boca entreabierta en un gesto de asombro infinito.

Prosiguió Barnard:

—Ya sé que tú y esos cerdos que te acompañan matasteis a Jack Dorante y también a Mirna Saadie. Pero no me conformo con los autores materiales del crimen. Necesito conocer al cerebro oculto, al hombre que ordenó el asesinato. Es él, en realidad, quien más me interesa. Así que puedes empezar a hablar.

Permaneció silencioso «Papillon» algunos instantes, recuperándose de la sorpresa experimentada ante el brusco giro de los acontecimientos.

De repente recuperó parte de su energía. Gritó con ferocidad.

—¡Puedes irte al diablo, bastardo! ¡Te mataré como a un zorro hediondo! ¡No sabrás lo que pretendes!

De nuevo Barnard estaba junto a él. Dejó caer la pistola al suelo. Y hundió el puño derecho en el estómago de su enemigo.

«Papillon» se dobló como si un rayo hubiese tocado en su nuca. Barnard levantó la rodilla y la aplastó contra la nariz del bandido.

Lo levantó en alto y cayó hacia atrás. Saltó sobre él el agente del F. B. I.

Le obligó a ponerse en pie. Sus puños se convirtieron en dos apisonadoras que buscaban sin cesar los puntos sensibles del cuerpo de «Papillon».

Cesó al fin de golpear. El bandido quedó tumbado cara al cielo. Un hilillo de sangre corría por las comisuras de sus labios.

Barnard no se detuvo. Lo arrastró por el cuello llevándolo hasta el borde del mar. Allí hundió la cabeza de «Papillon» dos o tres veces. Cuando estuvo seguro de que había recuperado el conocimiento lo llevó de nuevo a lugar seco.

Se arrodilló junto al criminal. Recogió la pistola. Sopesándola en

la mano, gruñó:

—No seas terco, «Medio-Hombre». Conozco una cantidad de procedimientos para hacer que hablen incluso las ostras. Soy medio indio, ¿comprendes? Tú has visto películas del Oeste, ¿no es así? Bueno; nada de lo que en ellas sale se puede comparar en efectividad con lo que mis antepasados me enseñaron. ¿Quieres hablar ahora?

Había una luz de terror inmenso en las pupilas de «Papillon». No obstante, denegó con un movimiento de la cabeza. Barnard levantó la pistola y la dejó caer sobre el rostro demacrado del bandido.

Un aullido feroz se elevó en la noche, confundándose con el rumor de la marea. La sangre corrió por la mejilla derecha de «Papillon». Sonrió feroz Barnard.

Dijo:

—Vamos, cretino. ¿Quieres que te destroce la cara a golpes? No te queda más solución que vomitar cuánto sabes, ¿te das cuenta?

Cambió la pistola a la mano izquierda. Con la derecha apretó la garganta de «Papillon» en un apretón feroz.

El bandido sintió que se ahogaba. La sangre se agolpó en sus sienes, tumultuosa. El ritmo de los latidos aumentó en sus venas, adquiriendo un volumen de sonido que pareció anular al resto de los ruidos.

Luego, la presión aflojó. La voz sarcástica de Barnard, en la que percibió su sentencia de muerte, susurró junto a su oído:

—Se me ha ocurrido una idea mejor aún, «Medio-Hombre». Te llevaré hasta la playa. Haré que te hundas en el agua poco a poco. Sentirás cómo penetra lentamente en tus pulmones. Notarás que te ahogas, intentarás salir... pero no lo conseguirás. Porque yo te tendré con la cara apretada sobre el fondo, haciendo que tragues fango y arena...

De repente, los nervios de «Papillon» cedieron como la maroma de amarre de un buque sometida a presión excesiva.

Habló, habló atropelladamente, deseando acabar de una vez, apartar de sí la terrible pesadilla que de manera súbita se le había echado encima.

El agente del

F. B. I.

le escuchó atento, en silencio sombrío. Oía relatar la historia de la

ambición y la locura de un hombre, algo tan viejo como el tiempo.

Eran los buitres humanos de costumbre, mezclándose a los mejores sentimientos de la humanidad, haciendo repelente la lucha por sus ideales de millones de personas.

Cuando «Papillon» finalizó su historia se irguió Barnard. Empujó con el pie, asqueado, al repugnante y lloroso montón de carne en que se había convertido el afeminado.

Murmuró:

—Está bien, gusano. Vamos. Aún debes representar el último acto de la tragedia.

XI

LA Kasba estaba silenciosa, durmiendo, o quizá alerta bajo la plateada luz de la luna. Era un silencio temeroso, en donde parecían resonar aún las detonaciones, los gritos de odio y furor, los «yuyui» excitantes de las mujeres...

Ben Haminorth se dijo que los rincones en sombra de aquellas estrechas y retorcidas callejuelas, recortados por la claridad lunar, parecían allí más oscuros que en parte alguna del mundo.

No se movía. Estaba acurrucado en un rincón, sentado a lo moro, atisbando sin cesar el principio de la Calle Larga.

Continuamente un pensamiento roía su cerebro. Las breves palabras de aviso recibidas de Leo Barnard dejaron en el aire un interrogante: Había sido descubierta su identidad. Mas ¿quién podía haber pasado el aviso?

Dos personas contaban con la mayor oportunidad para ello: Naam Kadar y Leila Saadie. Pero de ellas, la más sospechosa parecía ser Leila. Primero su hermana Mirna, comprometida en la muerte de Jack Dorante y asesinada ella misma, Y ahora, como si un destino fatal llevara a las hermanas al centro de los acontecimientos, se producía aquella filtración.

Ben se decía que era posible, el que tanto Mirna como Leila hubiesen estado jugando a los dos paños. La muerte de Mirna podía ser explicada por el descubrimiento de su traición. Y en tal caso...

Movió Ben la cabeza intentando alejar aquellos pensamientos. No le gustaba la idea de Leila traicionando la confianza que colocara en ella. No quería admitir semejante hecho. Porque si así era... Bueno, la huella en su corazón sería permanente. Estaba enamorado de Leila Saadie.

Una sombra que se movía furtiva al final de la Calle Larga desvió su atención. Esperó su avance, preparado para actuar en cualquier momento.

Quienquiera que fuese se movía con enormes precauciones. Tal vez se trataba de Bernard. Pero aquel hombre llevaba sobre el hombro una carga pesada. Un saco o algo parecido.

Momentos más tarde estaba seguro que se trataba de su compañero. Se movilizó en su dirección.

Le llegó la voz en susurro de Barnard:

—¿Eres tú, Ben?

—Seguro. ¿Qué llevas ahí? ¡Demonios! ¿Te dedicas ahora al transporte, Leo?

—Es un encargo especial, Ben. ¿Dónde están tus amigos?

—En la casa. Me ofrecí a estar de vigilancia y accedieron a ello. Hay cinco hombres, Leo. Y también está la muchacha. Va a ser difícil la tarea.

Aseveró Barnard:

—No te preocupes de eso, Ben. Si podemos hablar con ese individuo, ese Naam Kadar de quien aseguras es inteligente, todo saldrá bien. Pero es necesario que nos dejen abrir el pico, aunque sólo sean cinco minutos, ¿comprendes? ¿Creses que lo conseguirás?

Inquirió Ben:

—Descubriste el pastel, ¿eh? ¿Quién es el traidor del melodrama?

—Aquí traigo a uno de ellos —señaló al bulto de «Papillon», que transportaba sin aparente esfuerzo—. Servirá de carnaza para atraer al pez gordo, Ben. Pero necesitamos la colaboración de Kadar y los suyos, ¿estamos?

Ben reflexionó unos instantes. Luego aseveró:

—Bueno; sólo veo un camino, amigo. Hay que meterle una pistola en la barriga y no dejar que se mueva ni hable durante un rato. Cuando empiece a reflexionar procederá de manera inteligente. Yo me encargo de eso en cualquier forma.

—De acuerdo.

—Bien. Espera aquí. Preséntate cuando el camino esté despejado, ¿estamos?

Barnard se fundió en la sombra al tiempo que Ben se alejaba calle arriba. Llegó a las tapias del cementerio judío.

Frente a ellas se elevaba una edificación cuya arquitectura dejaba entender, pese al tiempo que la había semiderruido, que había sido un molino.

La apariencia ruinoso del edificio era tan sólo un enmascaramiento. Porque allí alguien, con inteligencia y visión comercial, antes de los tiempos de guerra que ahora corrían, había instalado una «boite» de lujo.

Para el visitante constituía siempre una sorpresa agradable entrar en el viejo malino, en medio del corazón de la Kasba, rodeado por las reliquias de otros tiempos, y hallarse en pleno y adelantado siglo veinte.

Kadar y un grupo de hombres se hallaban en el salón delantero. Permanecían en silencio, sumidos en impaciente espera. Leila Saadie se había aislado, cerca de la chimenea apagada, sintiendo que los fantasmas del recuerdo se agitaban junto a ella.

Ben se detuvo en el umbral. Kadar levantó la cabeza. Sus ojos se abrieron inmensos al ver la metralleta que el agente federal empuñaba, asentándola en su dirección.

Habló indeciso:

—Bueno, amigo. ¿Vienen ya? ¿Por qué...?

—¡No os mováis ninguno! —conminó Haminorth—. Tirad las armas al suelo. Tú primero, Naam.

Durante algunos instantes la sorpresa mantuvo a los guerrilleros como petrificados. Por fin, Kadar estalló en arrebató de violencia:

—¡Maldito seas, cerdo traidor! ¿Qué significa esto?

Uno de los guerrilleros extrajo una pistola. Con un leve movimiento, Ben apuntó en su dirección la metralleta y disparó. La pistola saltó en el aire y un rugido de dolor escapó de labios de aquel hombre. La sangre corrió entre sus dedos hacia el suelo.

—¡Quietos! Oye, Kadar. No quiero matar a nadie. Únicamente deseo que me oigas. Es muy importante; está relacionado directamente con el asunto que aquí nos ha traído.

—¡Vete al diablo, loco! ¿Qué clase de fantasía es ésta? ¿Acaso crees que se trata de una película? Tú...

Ordenó otra vez Ben:

—Vamos; ¡tirad las armas! ¡Pronto o tendré que agujerearte la cabeza, Naam!

Leila había permanecido hasta el momento inmóvil, convertida en muda sombra, por la sorpresa.

Se levantó:

—¡No lo hagas, Naam! —gritó—. ¡Ese hombre es un traidor! ¡Os

matará a todos!

—¡Cierra el pico, hermosa! —Gruñó con rudeza Ben—. Tal vez seas tú quien haya de responder a las preguntas más embarazosas.

Le dolía tratarla así. Pero si era cuanto él sospechaba no vacilaría en entregarla a la justicia. Porque ya no se trataba únicamente de la muerte de Jack Dorante y Mirna Saadie. Centenares de hombres y mujeres habían perecido en las calles de Argel inmoladas a la ambición y la locura criminal de unos bandidos.

Sin moverse de su sitio, Ben esperó. Naam, de repente, pareció aceptar la situación.

Dejó caer el arma que sostenía en la mano derecha, caída flácidamente a su costado.

Con lentitud el resto de los guerrilleros le imitaron. Tras Ben Haminorth se perfiló la silueta de Leo Barnard, con su carga humana al hombro.

Se situó a un lado, junto a Ben. Dijo:

—Bueno; ésta es una reunión impresionante. Parece el último acto de una obra fantástica.

Con rudeza dejó caer a «Papillon» al suelo. Inquirió:

—¿Has explicado la situación, Ben?

—Aún no, Leo.

Señaló hacia Naam Kadar con un gesto de la cabeza:

—Ése es Naam Kadar, Leo. El hombre que manda aquí.

Fijó Barnard su mirada en el otro. Reconoció en él al verdadero luchador, en espera de una oportunidad para librarse de una situación peligrosa.

Habló:

—Bueno, amigo. Acabaré en pocas palabras. Se trata del asesinato de Jack Dorante. En primer lugar diré que Ben Haminorth y yo mismo pertenecemos a la Federal Bureau of Investigation de los Estados Unidos de América. Ustedes, probablemente, conocen a esta organización simplemente por

F. B. I.

Estableció una pausa. Vio que en los ojos de Kadar aparecía un súbito resplandor de interés.

Comprendió que el hombre esperaba hasta conocer lo que tenía que decirle antes de actuar en cualquier sentido.

Prosiguió:

—... Fuimos designados para hallar al criminal o a los criminales que habían asesinado a un ciudadano estadounidense, Jack Dorante. Mi compañero Haminorth se introdujo en las filas del F. L. N.

Por mi parte procuré mezclarme a los «ultras». Cualquiera de los dos bandos contendientes podía ser el autor material del hecho. Empujó con el pie el inerte cuerpo de «Papillon», el cual no daba otras señas de vida que los ojos diminutos abiertos en un gesto de terror inmenso.

—La investigación me llevó hasta un grupo de terroristas que parecían actuar de acuerdo con los «ultras». Éste es «Papillon», el jefe de dicho grupo. Fueron ellos los autores materiales del crimen, sin duda alguna. Mas en la sombra se oculta un hombre, culpable de muchas muertes y, verdaderamente, un simple criminal, carente de motivos idealistas de ningún género.

Adelantó un paso hacia Naam Kadar, que le escuchaba como fascinado. Continuó:

—Sé quién es. Y por eso estoy aquí «Papillon» será quien lo meta de cabeza en la trampa. Únicamente es necesario un margen de tiempo, un par de horas tan sólo...

Luego de una pausa inquirió de pronto:

—¿Puedo contar con ello, amigo?

Clavaba los ojos en Naam Kadar. Éste demoró la respuesta algunos instantes. Luego accedió:

—Desde luego. No acabo de entender muy bien todo esto. Pero ha prometido traer al hombre responsable de la muerte de Jack Dorante y ésa es, precisamente, la tarea que me ha sido encargada por mis jefes. Puede actuar como le convenga.

Se silenció. Leila Saadie, que aparecía extrañamente tranquila ahora, inquirió con ahogado acento:

—¿Cómo se llama ese hombre, Barnard?

La respuesta surgió rotunda de labios del agente del F. B. I.

—Lo siento, Leila. Es Jean Manker, su padre.

Pareció que, de pronto, sobre los hombros de la muchacha, caía un tremendo peso, obligándola a inclinarse presa de un cansancio infinito.

Barnard asestó una patada al yacente «Papillon». Ordenó:

—¡Arriba, «Medio-Hombre»! Tienes que hacer una llamada. ¡Vamos!

Llevó a «Papillon» hasta el mostrador, donde se veía un aparato telefónico.

El bandido empezó a marcar un número con temblorosos dedos.

El timbre del teléfono resonó en la vacía casa con alarmante sonido. Jean Manker levantó el auricular. Sus nervios le jugaban una mala pasada, haciendo que le temblara la mano.

Le llegó la voz anhelante de «Papillon»:

—¿Eres tú, Jean?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Bueno. Hemos liquidado el asunto. Pero tienes que venir en seguida. Yo... Lo siento,...

—¿Qué ha sucedido?

—Se trata de la chica, Jean. De Leila. Estaba aquí. Uno de mis hombres se confundió. ¡Mil demonios! ¡Va a morir, Jean!

Un cuchillo de hielo penetró en el corazón de Jean Manker. Durante algunos instantes fue incapaz de reaccionar. Luego musitó oscuramente:

—Está bien. Voy en seguida.

Colgó el auricular. Lágrimas de dolor auténtico corrían por sus mejillas. Salió a la calle. Iba como loco, consciente tan sólo de que Leila iba a morir.

Primero había sido Mirna. Tuvo que hacer que la mataran. Había empezado a sospechar sus verdaderas actividades, el que estaba jugando con dos barajas y que no tenía el menor interés sentimental por ninguno de los dos bandos.

Hizo que el coche, un Ford de modelo sesenta, corriese como jamás lo hiciera antes. Por la pantalla de su memoria desfilaban los últimos años, cuando la ambición, como un gusano asqueroso, de poder inmenso, se apoderó de él.

Todo empezó al enterarse de las actividades de Leila junto a los hombres que deseaban libertar Argelia.

Vio claramente la gran oportunidad que aquélla podía proporcionarle, el dinero que se podía extraer sirviendo a los dos bandos en lucha.

Poco a poco la red se hizo espesa, aprisionándole sin posibilidad

de escape. Traicionó miles de veces. Y sus servicios eran bien pagados. Con hábil juego logró que Mirna se inclinase a actuar con los que suponía patriotas franceses, que defendían lo que juzgaban suyo.

Así, Jean logró tener un enlace en cada sector. Empezó entonces a moverse por su cuenta. Llevó a cabo, junto con aquel «Papillon» y sus compinches, bandidos y criminales, una serie de asaltos y asesinatos que le proporcionaron grandes ganancias.

Pero la cuerda se quebró al conocer Mirna a Jack Dorante y enamorarse de él. La muchacha, que había empezado a sospechar, le amenazó con denunciarle.

En consecuencia, hubo que matarla. Y para dar al asunto un matiz político, que evitase la desviación de las sospechas hacia él, Jack Dorante fue asesinado también.

Un velo de lágrimas ocultaba los seres y las cosas a Jean Manker mientras conducía a toda velocidad.

Llevó el coche a través de las estrechas callejas de la Kasba como si estuviese en una pista de carreras. Llegó al principio de la Calle Larga. Por allí no podía pasar el vehículo.

Una rabia profunda inundaba su corazón mientras caminaba en dirección al Viejo Molino. Maldijo una y mil veces a los agentes americanos, aquellos malditos

F. B. I.,

culpables de la muerte de Leila. La necesidad de acabar con ellos le impulsó a dejar que la muchacha se arriesgase en aquella expedición de muerte.

Porque Jean Manker, un hombre cuyo corazón parecía un trozo de roca diamantina, amaba a aquellas niñas que un día recogiera con el fin de aliviar la soledad en que vivía.

No tomó precauciones. Entró en la «boite» sin detenerse, Y quedó frenado súbitamente reconociendo la trampa en que había caído, al ver en primer lugar a Leila, que le miraba reflejándose en sus ojos un mundo de desesperación.

Uno de los hombres que se hallaba en medio de la sala, alto, de pelo rubio, ojos intensamente azules, fue quien habló. Parecía: que iba leyendo sus pensamientos, sacándolos al exterior con sus palabras:

—Sí, amigo. Éste es el fin. «Papillon» le ha traicionado. Lo

mismo que antes hizo con otros mucho y lo mismo que usted ha hecho a lo largo de su vida.

Semejó que la estatura de aquel hombre crecía a medida que iba hablando.

—Jean Manker; no tengo jurisdicción aquí, en Argelia. Pero sus crímenes han de ser castigados. Creo que la mejor forma de conseguirlo es que se encarguen de usted los mismos hombres a los que tanto daño ha hecho...

Leo Barnard se volvió hacia Naam Kadar. Finalizó:

—Amigo; ése y sus compinches son cosa suya. La misión del F. B. I., ha terminado.

Kadar inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Ben Maminorth se acercó a Leila Saadie. La tomó por un brazo. Y los tres salieron mientras que los hombres del

F. L. N., rodeaban a los prisioneros.

FIN



**Toda la grandiosa
epopeya de la
guerra, fielmente
reflejada en una
magnífica colec-
ción.**

PATRULLA ^{DE} COMBATE

EDITORIAL ROLLAN

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

Seis pesetas

EDICOLOR, S. A. — Madrid-1961

